
BOLSILIBROS
Selección
TERROR
EL BOSQUE DEL HORROR
ALEX COLINS

Burton sintió que una corriente de aire gélido recorría sus entrañas, congelaba sus vísceras, helaba la sangre en sus venas.

La muerte estaba allí, la muerte mencionada por Tabita. Los muertos habían salido de sus tumbas para llevarse a alguien con ellos a las tinieblas del sueño eterno. Porque eran tres cadáveres los que estaban delante de él. Los había conocido en vida. Había asistido a los sepelios de aquellos tres horrores que acababan de aparecer en la cabaña caminando con paso de autómatas, obedeciendo a una fuerza misteriosa, infrahumana, pero carentes de vida propia, de espíritu.

La putrefacción de los tres cuerpos llenaba la atmósfera de un olor fétido, un hedor insoportable a carne humana corrompida.

Burton retrocedió. Se desorbitaron sus ojos, experimentó aquel terror que Theda había vaticinado que abrazaría a Tony Groover como una maldición de ultratumba.

Sacó su pistola cuando su espalda chocó contra la pared de troncos y vio que los tres cadáveres podridos continuaban avanzando hacia él de forma inexorable.

Comprobó el cebo, echó atrás el gatillo y disparó.

El estampido del arma quebró el denso silencio del paraje. La bala penetró en el pecho del juez Dangler, que iba en cabeza del horrible trío. Pero el cadáver siguió adelante, sin la menor conmoción, sin acusar el impacto. Y al acercarse más, extendió sus brazos hacia la garganta de Burton Conger.



Alex Colins

El Bosque del Horror

Bolsilibros: Selección Terror - 69

ePub r1.0

Titivillus 05.03.15

Título original: *El Bosque del Horror*
Alex Colins, 1974
Diseño de cubierta: Jorge Núñez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

Burton Conger observó atentamente a su visitante mientras éste bebía su café a pequeños sorbos, con ademanes refinados.

No acababa de agradarle Job Wharton. Era un hombre joven, bien formado físicamente. Sus facciones eran varoniles y una mujer hubiese dicho de él que era un hombre guapo y atractivo. Pero no miraba nunca de frente, resultaba un tipo altivo, presuntuoso, muy pagado de sí mismo. Y cruel, implacable. Pero ocurría que Job Wharton era también un hombre poderoso e influyente. Poseía la más rica plantación de algodón de Alabama, el mayor número de esclavos. Tenía una fortuna invertida en las nacientes industrias del Este del país y poseía la mayor parte de las acciones del Alabama National Bank. Razones suficientes para que Burton Conger le rindiese pleitesía con su habitual servilismo. Porque, además, Wharton lo tenía en sus manos y podía hundirlo cuando se lo propusiera.

Burton Conger había doblado el medio siglo de existencia. Era un hombre de digno aspecto, de rostro arrugado, con bolsas bajo los ojos, nariz aguileña y cabellera muy poblada, enteramente blanca.

Job dejó la taza vacía sobre la mesita esmaltada, importada de Inglaterra. Uno de los objetos que indicaban el pasado esplendor de la hacienda de los Hoopes. Un esplendor que había entrado en el ocaso y amenazaba con extinguirse del todo.

El joven, envarado dentro de su levita, de impecable corte, de su pantalón ancho y su camisa de pechera rizada, miró fijamente a Burton.

—Usted y yo somos dos ambiciosos, Burton.

—Tiene razón, Job. Somos dos ambiciosos.

—La ambición es una virtud. Un hombre sin ambiciones no es un hombre entero, le falta algo. Carece de una meta por la que luchar para alcanzarla.

—Desde luego —replicó Burton—. Pero ocurre que la ambición es una virtud que casi siempre degenera en vicio, en soberbia. Por eso es conveniente marcarse siempre una meta que no esté demasiado lejos.

La risita sarcástica de Job le irritó, pero no hizo comentario alguno al respecto. Por nada del mundo se atrevería a indisponerse con aquel hombre, que había heredado una gran fortuna y la había acrecentado al máximo después.

—No diga estupideces, Burton. Nos conocemos bien usted y yo. Nuestra meta está muy lejana, los dos queremos llegar muy lejos en nuestras ambiciones.

—Es cierto —reconoció Burton—. Sin embargo, mientras usted está camino de esa meta, yo he retrocedido mucho.

—Puedo ofrecerle una salida, puedo ayudarle a eliminar ese obstáculo que se interpone en su camino y le impide caminar hacia esa meta que le marca la ambición. Y una vez eliminado ese obstáculo, estoy dispuesto a darle el espaldarazo definitivo.

Temblaron las manos de Burton ante la perspectiva de solucionar su problema, de volver a poseer algo importante, de colmar su ambición, que en él tenía mucho de avaricia.

—¿Cuál es esa salida, Job?

—En principio consistiría en romper esa hipoteca que pesa sobre la plantación. Después, podría ofrecerle una asociación.

Burton tragó saliva con dificultad. Aquello que estaba oyendo era demasiado tentador para él. Sería capaz de aliarse con el mismo diablo para lograr salvar la hipoteca y obtener una asociación con Job Wharton.

—No responde nada, Burton. ¿Acaso no le seduce mi oferta?

—Eso sería… mucho más de lo que siempre he soñado.

—¿Y bien?

Burton adelantó el busto hacia su interlocutor y preguntó en un tono de ansiedad, de avidez:

—Todo eso que me ofrece… ¿a cambio de qué?

—Usted es tutor de Olympia. Eso le da unos derechos sobre ella, una potestad.

—Pues…, sí, desde luego.

—Bien. Yo quiero a Olympia. Usted puede influir mucho cerca de ella, de sus decisiones. Es el único familiar que Olympia tiene en

el mundo. Si usted logra que me acepte en matrimonio, le devolveré la hipoteca, sin que nadie se entere de que ha existido esa deuda. Después, uniremos las dos plantaciones. No habrá en toda Alabama, ni en todo el Sur, una hacienda tan grande ni tan sólida. Usted será el administrador. Yo prefiero ocuparme de mis inversiones en las industrias del Este y del Banco.

Burton resopló al tiempo de ponerse en pie. Paseó por el amplio *hall* de la gran casa, nervioso, excitado, pensando en un futuro con las dos plantaciones unidas, formando una sola, y él colocado a la cabeza de la misma, dirigiéndola como dueño y señor.

—¿Qué me dice, Burton? —habló el joven ante el prolongado silencio de su interlocutor.

—Es mucho lo que me ofrece. Una oferta realmente tentadora. Pero olvida algo muy importante.

—¿Qué, Burton?

—Que Olympia está enamorada de Tony Groover. Enamorada y dispuesta a casarse con él.

Sonrió Job, irónico.

—No lo he olvidado, Burton. De otro modo no hubiese recurrido a usted. Eso es asunto suyo. Tiene que convencer a Olympia. Si logra eso, ya sabe lo que le espera. Si fracasa… Creo que el plazo de pago de la hipoteca termina dentro de una semana. Me veré obligado a hacerle cumplir su compromiso. Todo el mundo sabrá que ha estado jugando con un dinero que no le pertenece, con el patrimonio de Olympia.

Se crisparon las manos de Burton.

¡Diablos! De buena gana estrangularía a aquel petimetre. Pero estaba en sus manos y no tenía otro remedio que doblegarse a él. Por otro lado, lo que le ofrecía era demasiado tentador.

—¿Y si Olympia no accede? —susurró.

—Usted puede obligarla. Es su tutor.

—Legalmente, sí. Puedo obligarla. Pero conozco a Olympia. Es capaz de fugarse con Tony.

—Posiblemente. Sin embargo…

El tono de Job no gustó a Burton. Era amenazador, extrañamente siniestro.

—¿Qué, Job?

—Nadie se fuga con un cadáver. Cuando un hombre muere, deja

un recuerdo, que llega a olvidarse.

Lo miró fijamente. Sí, estaba hablando muy en serio, insinuaba la posibilidad de matar a Tony Groover para dejar el camino expedito.

—¿Insinúa que yo debo… matar a Tony? —preguntó tímidamente.

Job se puso en pie.

—Ya hablaremos de eso en otra ocasión, Burton. Usted haga su trabajo de zapa, procure convencer a Olympia. Si no logra eso, hablaremos más despacio. No es necesario que usted manche sus manos de sangre. Sería contraproducente. Si se llegase a descubrir, todos estaríamos comprometidos. Tony puede morir de otra forma. Una vez desaparecido, usted podría convencer a Olympia.

—Es cierto. Pero la muerte de Tony…

—Eso quedaría de mi cuenta, aunque usted también intervendría en el asunto. ¿Conoce a Theda?

La frente de Burton se frunció en diminutas arrugas.

—Conozco a esa bruja del Bosque del Horror. No puedo remediarlo. Me produce escalofríos cuando la veo. Afortunadamente, viene pocas veces a los lugares habitados. Dicen que tiene poderes excepcionales. Dicen de ella que puede hacer volver a la vida a un muerto.

—Sí. Eso dicen de Theda. Ella podría encargarse del caso. Es una mujer. Las mujeres sienten un atractivo especial por el oro. Theda no es refractaria a ese atractivo. Pero ya hablaríamos de eso cuando llegase la ocasión. Usted, mientras, cumpla su parte en el trabajo. Buenas tardes, Burton.

Estrechó la mano suave y fría de Job.

No podía evitarlo. Siempre que estrechaba aquella mano fina, de piel suave y gélida, tenía la impresión de acariciar a una serpiente.

Se fue Job en su lujoso carruaje tirado por dos magníficos caballos y conducido por un cochero con librea, repleto de adornos dorados.

Burton quedó a solas con sus pensamientos. Y, al fin, después de madura reflexión, hizo ademanes de asentimiento con su cabeza.

Estaba decidido a llegar hasta el fin. Administrar las dos plantaciones era más importante que la vida de un hombre y el dolor de una mujer. Olympia se repondría del golpe. Su amor no

podía ser eterno. Pasaría el recuerdo. El tiempo trae el olvido. Y entonces…

CAPÍTULO II

Burton escrutó por la ventana. Vio a Olympia despedirse de Tony Groover. Los dos acababan de regresar de un paseo a caballo y el traje de amazona resaltaba la belleza natural de la joven.

Se alejó Tony después de un último ademán de despedida.

No podía negarse. Tony era más apuesto que Job. Era un joven más sencillo, más amable, menos retorcido. Entendía perfectamente que su sobrina lo hubiese preferido a él. Pero, desgraciadamente, Tony no poseía ninguna fortuna. Un hombre sin fortuna no podía solucionar su problema. Y era eso lo que necesitaba, aunque fuese a costa de la felicidad de Olympia.

Entró la joven, dejó la fusta sobre la mesita y sonrió a su tío.

—Ha estado Job Wharton —soltó Burton a guisa de preámbulo.

—¿Y bien?

—Se ha mostrado muy locuaz. ¿Sabes que te ama con locura?

Rió Olympia, alegremente, con desenfado.

—Lo sé, tío Burton. Él mismo me lo confesó una vez, poco después de haber conocido a Tony.

—Job es un buen partido. Creo que debías pensar esto. La mejor plantación de Alabama, industrias en el Este, un Banco…

Olympia se puso seria. Avanzó hacia su tío, que permanecía en el centro del *hall*, inmóvil como una estatua.

—No sigas hablando de eso, tío Burton. Sé lo que vas a decirme al respecto. Que a su lado puedo ser como una reina, ser admirada en fiestas de sociedad y envidiada por muchas mujeres que, dicho sea de paso, no aciertan a ver más allá de sus narices. No quiero eso. El matrimonio sin amor es un infierno.

—¿Cómo puedes saber eso? Eres muy joven, apenas veinte años, y tu inexperiencia…

—Otras personas me han contado su experiencia —le atajó—. Entre ellas, mi madre, que era tu hermana. Ella estuvo enamorada

de un hombre sin fortuna. Vuestros padres la obligaron a casarse para que fuese dueña de esta hacienda. Fue muy desgraciada en su matrimonio. Y lo fue por eso, porque faltó el amor. Se refugió en mí, en su hija, buscando un cariño que le faltaba en otra parte. No quiero vivir como vivió ella.

—Job te ama. Eso puede allanar muchas dificultades. Además, las dos plantaciones quedarían unidas en una sola. ¿Imaginas lo que eso supone?

—Sí. Prefiero unirme por amor antes que unir las plantaciones.

Burton enserió su semblante cubierto de arrugas, oprimió los labios.

—Soy tu tutor, Olympia. Sabes que puedo obligarte a contraer matrimonio con Job Wharton. Según la ley, tienes que obedecerme.

Olympia lo miró fijamente, brillantes sus hermosos ojos negros.

—Si intentas obligarme, me marcharé de esta casa.

Burton soltó un gruñido de impaciencia, de ira mal refrenada. Exclamó:

—Eres una Hoopes, no cabe duda.

—Es posible que sea una Hoopes en lo terca. Pero en lo demás, en lo principal, soy como mi madre.

No insistió Burton. Sabía que todo sería inútil. Cuando Olympia tomaba una decisión, no existía fuerza humana capaz de disuadirla.

Dejó pasar aquella noche y al día siguiente fue en busca de Job para comunicarle el resultado de sus gestiones.

Job meditó profundamente antes de aducir:

—¿Está seguro de que no hay ningún medio para convencer a Olympia?

—Tan seguro como que estoy aquí. No, mientras Tony Groover esté vivo.

—Bien. Entonces haremos que desaparezca Tony Groover.

—¿Cómo lo hará, Job?

—Voy a buscar a Theda. Ella se encargará de este trabajo. Prepararemos una trampa para Tony. Escuche bien, Burton. Escriba una nota para Tony. Cítelo esta noche en la cabaña de los ovejeros, en el lindero del Bosque del Horror. Las diez de la noche puede ser una buena hora. No faltará Tony a esa cita. Debe saber que usted trata de disuadir a su prometida para que rompa su compromiso con él y me acepte a mí. No existen secretos entre los enamorados.

Por eso no dejará de acudir. Y allí se encontrará con la muerte. Luego, lo encontrarán muerto y nadie sabrá jamás quién lo ha matado. Será un secreto que guardaremos celosamente.

Burton asintió. Estrechó la mano de Job, sellando así su siniestro pacto.

Cuando regresó a su casa, escribió el mensaje para citar a Tony Groover en la cabaña de los ovejeros, que estaba junto al lindero oriental del Bosque del Horror. Envió a uno de los criados negros a llevarlo, con la orden estricta de entregarlo en mano.

Mientras Burton cumplía fielmente su cometido, Job Wharton cabalgó hacia el Bosque del Horror y se adentró entre el denso bosque de pinos, al paso de su montura, esperando el curso de los acontecimientos.

Nadie había visto jamás el lugar donde se refugiaba Theda, aquella vieja bruja a la que todos temían como a la peste, a la que se atribuían poderes mágicos. Pero Theda sabía todo lo que ocurría en el bosque. No había una sola persona que se hubiese adentrado en el bosque y no hubiese sido abordado por la bruja, que se movía allí como reina y señora.

Job oyó de pronto el chasquido de unas ramas, a sus espaldas.

Volvió la cabeza.

Allí estaba Theda, la vieja bruja, acompañada, como siempre, de aquella especie de engendro que la seguía a todas partes como un perro fiel.

No pudo evitar un estremecimiento al verlos. Theda era una mujer repulsiva. Debía rondar los sesenta años de edad, aunque era imposible saber con certeza cuántos años llevaba viviendo en este mundo. Su cara estaba cubierta de arrugas, sus ojillos eran pequeños y se movían con viveza, como objetos dotados de vida propia, independiente del resto del cuerpo. Nariz aguileña, mentón prominente, labios fláccidos, cabellos desgreñados y unas ropas burdas, auténticos harapos.

Zachary, su engendro amigo, era un pobre jorobado, de piernas cortas y cuello ligeramente torcido. Ése era el resultado de una tuberculosis ósea padecida en la infancia. Su rostro estaba envejecido prematuramente, su nariz era grande, ancha, rematada en una gran verruga inclinada ligeramente hacia el lado izquierdo. Hablaba muy pocas palabras y se limitaba a expresar sus

sentimientos mediante las expresiones de su rostro.

—Hola, Theda —pronunció Job, con voz que temblaba levemente.

Desmontó.

—¿Qué busca en este bosque un caballero como Job Wharton? —preguntó la vieja, sonriendo maliciosamente y mostrando unas encías descarnadas, rojizas, en las que únicamente quedaban dos piezas separadas en la parte superior y una, picada, abajo.

—Te busco a ti, Theda.

—¿Y qué quieres de mí?

Job sacó una bolsa llena de monedas de oro. La hizo sonar y luego la lanzó hacia la bruja.

Las manos de Zachary se adelantaron y la tomaron al vuelo. Luego la hizo tintinear junto a su oído, emitiendo una risa estúpida a medida que escuchaba el sonido del oro.

—Eso es para ti, Theda.

—Un caballero como tú nunca se acuerda de la gente miserable sólo para favorecerla. Siempre que das una cosa, lo haces a cambio de algo. ¿Qué esperas obtener de mí?

—Sé que tienes poderes sobre la vida y la muerte. He oído hablar de la magia negra. Con ella se puede matar a distancia. Se modela con barro una figura de la persona a la que se desea matar, luego se le clava una aguja en el corazón y esa persona…

La vieja estalló en violentas carcajadas, que hicieron detenerse a Job.

—Entiendo —dijo al ceder su hilaridad—. Quieres que mate a alguien que te estorba. Bien, Job Wharton. Yo tengo otros medios. Los aprendí en la India. También en África aprendí muchas cosas. Pero puedo asegurarte que esos medios son tan eficaces como los otros.

—¿Cómo son esos medios, Theda?

La vieja denegó mediante un ademán de su cabeza antes de hablar de nuevo:

—Mejor no te lo digo, Job. Posiblemente te quitaría el sueño saber eso.

—Está bien. Usa el medio que te parezca más conveniente.

Siguió una corta pausa, que rompió Theda para inquirir:

—¿Quién es ese caballero al que hay que liquidar?

—Su nombre es Tony Groover.

Se agrandaron los ojillos de la bruja al oír pronunciar aquel nombre. Destellaron de un modo especial. Despidieron odio, rencor envenenado. Expresaron unas sensaciones íntimas que estaban corroyendo las entrañas de Theda, que le quemaban como el fuego.

Arrebató la bolsa de oro de las manos de Zachary y la arrojó de nuevo hacia Job, que la tomó en el aire. Theda hizo caso omiso del gesto compungido de Zachary que crispaba sus manos como el niño al que se ha privado de su juguete favorito.

—Quédate ese oro, Job —gruñó—. Theda no puede cobrar por la muerte de Tony Groover. Lo haré con mucho placer. Él morirá. Y antes de morir, experimentará un terror indecible, que helará la sangre en sus venas, que helará hasta sus huesos.

Job sintió como un anticipo de ese frío gélido que Tony iba a sentir antes de su muerte. Era horrible, demoníaca, la expresión de la vieja bruja del bosque.

—¿Qué ha habido entre Tony y tú? —Se atrevió a preguntar tímidamente.

—No ha habido nada… y lo ha habido todo.

Job sintió un intenso alivio al pensar que no se encontraba dentro del pellejo de Tony Groover. Porque intuía que su fin iba a ser algo horrible, infrahumano.

—Bien. Eso es todo, Theda. Pero toma el oro. Yo me sentiré así más tranquilo y a Zachary le gusta.

Volvió a arrojarlo y Zachary lo tomó, riendo estúpidamente otra vez.

—Déjalo para Zachary. Y vete tranquilo.

Job le explicó el plan preparado por Burton y él, le reveló el lugar y la hora en que podía encontrar solo a su víctima. Después montó y se alejó al galope. Y no respiró más tranquilo, a pleno pulmón, hasta que se hubo alejado del Bosque del Horror, de ese lugar donde parecía respirar con la atmósfera el fétido aliento de la muerte.

CAPÍTULO III

Cerró la noche.

Burton esperó a que Olympia se hubiese retirado a descansar antes de bajar al *hall*, alumbrado a medias por un quinqué de queroseno instalado en un rincón.

Se sentía inquieto, desasosegado.

El reloj de pie situado contra una de las paredes laterales, desgranó su musiquilla dulzona antes de dar la campanada de las nueve y media.

El tiempo corría muy despacio, incluso parecía detenerse. Era la sensación que tenía en medio de su impaciencia.

Faltaba media hora para que Tony acudiese a la cabaña de los ovejeros. Y allí, dentro de esa media hora, que parecía una eternidad, se encontraría con la muerte. Job le había comunicado lacónicamente que todo estaba preparado para su ejecución.

De pronto le acució el temor de que Tony Groover no acudiese a la cita. Era posible que el joven desconfiase de él. En verdad, el lugar y la hora eran extraños, intempestivos. Por la noche y en una cabaña solitaria, abandonada desde mucho tiempo atrás por aquellas personas que la construyeron con árboles cortados del Bosque del Horror.

Decidió súbitamente ir a la cabaña. No entraría en ella de no ser absolutamente necesario. Pero acercarse a ese lugar, ocultarse al amparo de las sombras y escrutar lo que ocurría.

No lo pensó dos veces. Salió al porche, dispuesto a preparar un caballo y partir. Si se daba un poco deprisa, podía llegar a tiempo.

Se detuvo junto a la puerta, que acababa de cerrar.

Brillaba una luna blanca, espectral, en el cielo limpio de nubes, inundaba el paraje con una claridad fantasmal, extraña.

De los cobertizos donde se hacinaban los esclavos negros brotaba una especie de cántico prolongado, sin fin, sin solución de

continuidad. Era como un lamento de temor, una melopea que brotaba de las entrañas y de más allá, del mismo espíritu.

La melopea, el cántico extraño de los negros brotaba también del extremo del porche formado por columnas de mármol y escalinata del mismo material. Avanzó hacia la silueta de la negra, acurrucada junto a la base de una de las columnas.

La reconoció. Era Tabita, la negra que había sido elegida para sirvienta de Olympia. Una negra gruesa, de unos cincuenta años. Cantaba al compás que sus hermanos de raza, aquella extraña melopea rítmica, sin fin, como si intuyesen a la muerte.

Burton cerró su mano en la cabellera de la sirvienta, le obligó a levantar la cabeza.

—¿Qué diablos os está ocurriendo? —musitó—. ¿Qué diablos os pasa esta noche?

Los ojos de la negra brillaron en la oscuridad.

—Es la muerte, amo Burton —respondió en un tono fatalista, como el de una visionaria—. Esta noche, la muerte va a salir en busca de su víctima.

—¿Qué estás diciendo? Todos vosotros estáis locos. Sois unos miserables esclavos, tenéis una categoría menor que los perros. Y os arrogáis unos conocimientos extraños, infrahumanos. Nadie puede prever la muerte.

La negra se incorporó pesadamente. Miró fijamente a Burton.

—¿Va a salir el amo esta noche?

—Sí.

—No lo haga. La muerte está suelta. Puede encontrarse con ella.

Se irritó Burton. Zarandeó a la sirvienta como si fuese un muñeco de trapo.

—¿Qué sabes tú de la muerte, imbécil? —estalló.

—Los espíritus han hablado. Sus cuerpos van a salir esta noche, se levantarán de sus tumbas para llevarse a alguien con ellos, para sumirlo en el sueño de las tinieblas eternas.

—Estupideces. Los espíritus no hablan con nadie.

—Ya se lo he advertido, amo.

Burton la empujó a un lado, la hizo trastabillar. Luego descendió los blancos peldaños y se encaminó a los establos en busca del caballo.

Tabita volvió a acurrucarse y siguió entonando aquella extraña

canción melódica, igual, como un lamento de temor.

Burton cabalgó a la luz de la luna, enfiló el sendero estrecho, casi cubierto por la maleza, que conducía directamente al lindero oriental del Bosque del Horror.

En realidad el bosque tenía el nombre originario de East River. Pero los habitantes de la comarca le habían bautizado con el título de Bosque del Horror desde que Theda lo había tomado como su refugio natural desde su regreso del largo viaje por Asia y África.

Divisó la cabaña.

Era de troncos sin desbastar, bastante amplia, pero con las huellas del abandono. Carecía de cristales en las ventanas, la puerta no podía cerrarse, quedaba siempre entornada, y su interior estaba desprovisto de todo mobiliario. No tenía departamentos. En otros tiempos, las camas habían estado contra las paredes, el hogar frente a la entrada y, en el centro, una mesa y sus sillas respectivas. Los ovejeros no necesitaron más para tentar la suerte. Cuando ésta se les mostró adversa, se marcharon y nunca más aparecieron por allí.

No había luz en su interior. La cabaña estaba sumida en la oscuridad y el silencio más absoluto.

Consultó su reloj, prendido de una cadena de oro.

Faltaban apenas dos minutos para las diez. De haber tenido intención de acudir a la cita, Tony debía estar ya allí. Era un joven que se distinguía siempre por su puntualidad.

Una idea pasó por su mente. ¿Y si Tony había llegado ya y la muerte había hecho su trabajo?

Sí, podía haber ocurrido eso. La muerte estaba al acecho. Era muy posible que hubiese topado ya con Tony Groover.

Desmontó. Avanzó hacia la entrada de la cabaña.

El viento húmedo de Alabama llegaba racheado, impelía un leve movimiento a la puerta. Y cuando ésta se movía, sus librillos emitían un quejido chirriante, como una protesta.

Entró.

—Tony —pronunció.

Silencio. No obtuvo respuesta.

Burton encendió un fósforo. Divisó el candil que colgaba de un clavo de la pared y lo encendió.

La mecha chisporroteó al principio, la lucecita vaciló, amenazó con apagarse. Luego se estabilizó y alumbró medianamente la

cabaña, permitió distinguir su interior.

No había ni rastro de Tony Groover. Y era raro. En ese momento debían estar sonando las campanadas de las diez en el reloj de pie del vestíbulo de la hacienda de los Hoopes. La hora de la cita. Extraña esa tardanza en un hombre que tenía la virtud de la puntualidad.

Un sudor espeso bañó el cuerpo de Burton.

Podía ocurrir que Tony, en contra de su voluntad, hubiese sufrido un retraso. En ocasiones ocurren cosas imprevistas, que tuercen las intenciones de las personas. Pero también podía ocurrir que Tony Groover hubiese olfateado la trampa. Y en ese caso…

Tuvo la sensación de haber oído unos sonidos en el exterior.

Tendió el oído.

No se equivocaba. Captó aquellos ruidos. Inconfundibles. Ruido de pasos. Apagados, amorfos, rítmicos y blandos al mismo tiempo. Extraños. Y, por supuesto, no llegaba una persona sola. Era fácil identificar tres clases de pisadas diferentes.

Esperó al percatarse de que las pisadas se acercaban rectamente a la entrada de la cabaña.

Los tres personajes aparecieron de súbito en el vano. Se detuvieron allí, como si necesitasen orientarse antes de seguir adelante.

Burton sintió que una corriente de aire gélido recorría sus entrañas, congelaba sus vísceras, helaba la sangre en sus venas.

La muerte estaba allí, la muerte mencionada por Tabita. Los muertos habían salido de sus tumbas para llevarse a alguien con ellos a las tinieblas del sueño eterno. Porque eran tres cadáveres los que estaban delante de él. Los había conocido en vida. Había asistido a los sepelios de aquellos tres horrores que acababan de aparecer en la cabaña caminando con paso de autómatas, obedeciendo a una fuerza misteriosa, infrahumana, pero carentes de vida propia, de espíritu.

El coronel Norman llevaba puesto su uniforme, que le había servido de mortaja. Era ya un cuerpo putrefacto, corroído por los gusanos. Sus cuencas estaban vacías, mostraban dos hoyos negros, aterradores, donde antes hubo dos ojos llenos de vida. Su nariz estaba carcomida, sus manos descarnadas, con pingajos de carne corrompida. Su mandíbula casi al descubierto, mostrando los

dientes enclavijados.

El juez Dangler estaba en mejor estado, pero asomaban algunos gusanos de cuerpo blanco y cabeza negra por unos hoyitos en sus mejillas. Y el negrero Happy era el más horrendo de los tres. Su calavera estaba casi desprovista de carne. Los gusanos habían hecho bien su trabajo. Sus ropas estaban estropeadas, deshilachadas, y esos hilachos que colgaban por todas partes y se movían tenuamente con el aire acrecentaban el horror de la visión. Happy había sido un mercader de esclavos, el más importante de Alabama.

La putrefacción de los tres cuerpos llenaba la atmósfera de un olor fétido, un hedor insoportable a carne humana corrompida.

Burton retrocedió. Se desorbitaron sus ojos, experimentó aquel terror que Theda había vaticinado que abrazaría a Tony Groover como una maldición de ultratumba.

Sacó su pistola cuando su espalda chocó contra la pared de troncos y vio que los tres cadáveres podridos continuaban avanzando hacia él de forma inexorable.

Comprobó el cebo, echó atrás el gatillo y disparó.

El estampido del arma quebró el denso silencio del paraje. La bala penetró en el pecho del juez Dangler, que iba en cabeza del horrible trío. Pero el cadáver siguió adelante, sin la menor conmoción, sin acusar el impacto. Y al acercarse más, extendió sus brazos hacia la garganta de Burton Conger.

CAPÍTULO IV

Las manos huesudas, de carne blanda, corrompida, pringosa, se cerraron en la garganta de Burton.

—Soy Burton Conger —pronunció en un alarido.

Las manos apretaron. Sintió la angustia de la asfixia.

Era horrible morir de ese modo, viendo aquel horrendo espectáculo, a manos de aquellos macabros muertos sin espíritu, sin conciencia, sin nada.

El coronel Norman desenfundó su sable de caballería. Alzó lentamente su mano.

Burton sintió el pinchazo en su vientre. Después, con aterradora suavidad, aumentó la presión y la hoja de acero fue penetrando en sus entrañas, seccionó vísceras.

No pudo gritar, no pudo soltar aquel grito que brotaba de lo más profundo de sus entrañas.

Cuando el cadáver vestido de uniforme gris retiró el sable, parte del paquete intestinal salió afuera junto con la sangre y un líquido negro, viscoso.

Burton murió. La muerte estereotipó en su rostro una horrible expresión de miedo inenarrable. Los ojos desorbitados, los dientes apretados y los labios abiertos.

El cadáver abrió entonces sus manos y el cuerpo de Burton se desplomó como una masa inerte para quedar en el suelo, encogido, con la desarticulación de un muñeco de trapo.

Después, como obedeciendo a aquella voz misteriosa, los tres cadáveres hediondos, corrompidos, dieron la vuelta, salieron de la cabaña y se internaron en el bosque.

Unos minutos después apareció Tony Groover, a caballo, acompañado de otro jinete.

Desmontaron y entraron en la cabaña al ver la luz que había en su interior.

Vieron el cadáver ensangrentado de Burton, se miraron antes de acudir a su lado.

—Está muerto —susurró el acompañante de Tony—. Lo han estrangulado y le han clavado un arma blanca en el vientre. Su muerte es reciente. La sangre está fresca aún.

—¿Qué ha pasado aquí?

—No lo sé, Tony. Sólo lo que estamos viendo. Han matado al tío de Olympia. Y este olor… ¿No te das cuenta? Huele a carne putrefacta. Reconozco este olor a mil millas de distancia. Una vez encontramos un cadáver en el camino. Estaba descompuesto. Y olía así. Sin embargo, Burton ha muerto hace muy poco tiempo.

—Vamos. Hay que avisar al *sheriff* y al juez. Y decírselo a Olympia.

La joven lamentó la muerte de su tío Burton, sobre todo, teniendo en cuenta las circunstancias en que se había producido. Pero no sintió un dolor intenso. Había aprendido a conocer a fondo a su tutor y sabía que sólo era un ambicioso, que sólo seguía sus intereses sin importarle en absoluto su felicidad.

El sepelio tuvo lugar al día siguiente, en el cementerio cercano a Wat Rouge. Olympia decidió sepultar a Burton en el panteón familiar, junto a sus padres, sin olvidar que tío Burton era el hermano de su madre.

El panteón era grande. Contaba con una cripta amplia y sendas hileras de nichos a los costados. De esos nichos, cuatro estaban ocupados. Allí descansaban el sueño eterno los abuelos y los padres de Olympia. Pero sólo los abuelos paternos. Los otros no habían sido admitidos por el padre de Olympia por tratarse de gente más plebeya. Consideró que era suficiente haberse enamorado y casado con una de sus hijas. Los restantes familiares no contaban en absoluto para él. Y al final, tampoco su propia esposa, de la que no supo ganarse su afecto, su amor.

El panteón era elegante, suntuoso. Tenía cierta semejanza con una pérgola china y su entrada formaba un tejadillo de cinc soportado por dos columnas de mármol. El tejado era cónico, rematado en una cruz de acero, muy brillante. La entrada la formaba una cancela de hierro labrado, artística. A los dos lados de la entrada, dos ángeles de piedra tocaban las trompetas convocando a todos al Juicio Final.

Fue mucha gente, todos en elegantes carruajes. Era una buena ocasión para lucir ropas nuevas, sombrillas europeas y orientales y carruajes de última moda, brillantes, con caballos enjaezados.

Olympia fue acompañada de Tony Groover. El traje negro resaltaba la palidez de su cara, le confería una elegancia suprema, acrecentaba su belleza natural.

Pocas personas entraron en el panteón mientras el pastor rezaba las últimas oraciones. La mayor parte de los acompañantes permanecieron afuera, descubiertas las cabezas, en silencio, recogidos.

Los velones esparcían una luz amarillenta, empalidecida por la claridad diurna, que penetraba a raudales a través de las cristaleras de colores. El olor a cera quemada invadía la atmósfera del recinto, ponía solemnidad al acto fúnebre.

Terminó el pastor.

Mientras dos hombres retiraban la losa para dejar al descubierto la entrada de la cripta, Tony recordó los hechos.

Nunca sabría para qué lo había citado Burton en aquella cabaña apartada de todo lugar civilizado, tan cercana al Bosque del Horror. Burton se había encontrado allí con una muerte atroz y se había llevado su secreto a la tumba. Y él lo hubiese pasado mal de no habérsele ocurrido la idea de hacerse acompañar por su antiguo amigo, intuyendo que podía surgir una violenta discusión entre Burton y él, queriendo prever ciertas circunstancias. Conocía los planes de Burton respecto a su sobrina y sabía que la entrevista no sería cordial en absoluto.

Bien. El juez se había mostrado puntilloso, pero no había tenido más remedio que rendirse a la evidencia. El testimonio de su amigo había vencido su incipiente acusación.

Los dos sepultureros bajaron el ataúd a la cripta, sin que nadie los acompañase. Metieron el féretro en uno de los nichos y subieron.

—Ordenaré tapiar el nicho con una inscripción y un epitafio —dijo Olympia—. Es una costumbre familiar.

Cerraron la entrada de la cripta con la losa y salieron todos.

Se dislocó la comitiva. El coche fúnebre partió aprisa y los acompañantes de Burton fueron marchándose después de saludar a Olympia y darle el pésame.

Olympia y Tony fueron los últimos en abandonar el cementerio. Nadie reparó en las dos figuras situadas en lo alto de la colina que delimitaba el recinto de los muertos por su parte noroeste. Estaban entre los arbolillos y prácticamente eran invisibles desde abajo. Dos seres que observaban atentamente todo lo que estaba ocurriendo allá abajo.

Cuando el último carruaje se perdió en el recodo del camino, entre una nube de polvo, Theda emitió una risita sarcástica, que fue coreada por el jorobado Zachary.

—Vamos a esperar a que se oculte el sol, Zachary. Apenas falta media hora para que oscurezca.

Asintió Zachary, riendo estúpidamente, moviendo el cuerpo al compás que la cabeza.

Pasó esa media hora, se ocultó el sol tras las lejanas montañas que cerraban la visión de la tierra en el lejano horizonte.

Theda y Zachary bajaron la colina. Entraron en el cementerio y avanzaron sigilosamente por entre las lápidas y las cruces formadas en hilera, dejando pasillos de grava entre fila y fila de tumbas.

Se disponía Zachary a abrir la cancela, cuando lo inmovilizó la mano de Theda, mano huesuda, que se apoyó en su hombro.

—Un momento —susurró la vieja—. Viene alguien. Ven. Ocultémonos.

Se situaron detrás de una lápida, en cuclillas, atentos al intruso que llegaba.

Vieron su silueta, recortada en el espacio bajo la espectral claridad del astro nocturno.

—¿Quién puede ser? —musitó el jorobado al percatarse de que aquel hombre empezaba a hurgar en la cerradura de la cancela.

—Es un ave de rapiña —respondió la bruja—. Un profanador de tumbas. Seguro que Burton ha sido sepultado con su reloj de oro y su alfiler de diamante. Un buen botín para un tipo como ése.

El hombre abrió la cancela. Luego sintieron el roce de la losa al ser retirada para dejar al descubierto la entrada de la cripta.

—Bien —habló Theda—. Ese imbécil va a facilitar nuestro trabajo. Él ha retirado la losa y sacará el ataúd del nicho. Nos va a evitar ese esfuerzo a nosotros. Apártate ahora, Zachary. Necesito concentrarme.

Zachary se separó unos pasos, permaneció rígido, inmóvil, muy

serio su rostro deformado por la enfermedad infantil.

Theda se arrodilló en el suelo, apoyó las manos en la tierra y el rostro entre ellas, muy inclinada. Empezó a musitar palabras ininteligibles para Zachary. De cuando en cuando golpeaba el suelo con las manos, elevaba las manos al cielo. Se hundió en un éxtasis, sus ojos se pusieron en blanco…

Zachary sabía lo que eso significaba. Estaba acudiendo a los poderes ocultos que poseía, que había adquirido durante su estancia en la India y en la misteriosa África negra. Cuando Theda terminase su acción, otro cadáver más saldría de su tumba, otro cuerpo rígido volvería a caminar sobre la tierra, sin espíritu, sin alma. Y ese monstruo obedecería las órdenes de Theda.

Abajo, en la cripta, el profanador abrió el ataúd y brilló su mirada de un modo especial al fijarla en el brillante diamante del alfiler de corbata y en la gruesa cadena de oro del reloj inglés.

Buen botín. Uno de los mejores que había podido obtener en su macabro trabajo.

La luz amarillenta de las velas arrancaba destellos a la piedra, la hacía refulgir y resaltar. Un brillo de codicia para él.

Empezó a tirar del alfiler de corbata, con manos temblorosas.

En ese momento, el cadáver de Burton, sin variar la expresión de su rostro, se irguió, quedó sentado dentro del ataúd. Sus músculos crujieron igual que unas bisagras mal engrasadas.

CAPÍTULO V

El profanador saltó hacia tras como impulsado por un resorte. Su garganta emitió un bronco bramido de terror al ver al muerto en movimiento. Un muerto que no variaba la horrible expresión de su rostro, que mantenía sus ojos vidriados y desorbitados, sus labios abiertos, su expresión de supremo terror ante la muerte.

Cayó de espaldas al suelo.

El cadáver de Burton Conger salió del ataúd, se puso en pie.

El profanador trató de huir de allí, enloquecido de terror. Alcanzó la escalera, ascendió dos peldaños.

Algo parecido a una losa de piedra pareció oprimirle el pecho, tuvo la sensación de que respiraba fuego, de que su garganta ardía. Llevó sus manos al cuello, emitió un ronco gemido y cayó de espaldas al suelo de la cripta.

Theda y Zachary bajaron los escalones de piedra, resbaladizos por la humedad.

El jorobado examinó al profanador. Se incorporó para decir:

—Está muerto.

—Sí, lo suponía. El terror ha paralizado su corazón. Mira esa espuma sanguinolenta que brota de sus labios. No falla el diagnóstico. Están acostumbrados a ver a los muertos. Pero bien muertos. Acostumbrados a que los cadáveres no protesten por el expolio. Y al ver que su muerto se movía…

Terminó con aquella risita suya, escalofriante.

—Vamos, Zachary. Meteremos a este imbécil en ese ataúd. Nadie lo descubrirá.

Entre los dos levantaron el cadáver del profanador y lo colocaron en el ataúd vacío. Luego metieron la caja mortuoria en el nicho. Theda habló algo en voz muy baja y el cadáver de Burton se puso en movimiento, caminó rígidamente, salió al exterior del panteón.

Zachary colocó la losa y los tres, despacio, dejaron atrás el cementerio, se internaron por el campo, en línea recta al Bosque del Horror. Zachary reía continuamente, ejecutaba saltitos delante de Burton, susurraba palabras extrañas y daba vueltas alrededor del cadáver salido de la tumba. Era como una forma de expresar su admiración por los poderes de Theda, de la mujer que lo había recogido del arroyo cuando era un niño desvalido.

Olympia, ajena a lo ocurrido esa noche en el cementerio, se entregó al descanso después de despedir a los visitantes que habían ido a testimoniarle su sentimiento por la muerte de su tío.

A la mañana siguiente, Job Wharton llegó en su carruaje lujoso, elegante.

Olympia se puso en guardia. No podía ocultar su repulsa hacia aquel hombre entregado siempre a sus intereses, dispuesto a sacarlos adelante a costa de lo que fuese. Un hombre sin escrúpulos, sin la menor consideración ni el menor respeto hacia sus semejantes. Un hombre que había hecho de su ambición la meta de su vida y todo lo cifraba en números y acciones. Job consideraba a los demás seres como cosas, como objetos de los que podía y debía servirse para sus fines. No tenía amigos, sino intereses. Adulaba cuando era necesario adular y golpeaba con saña cuando era el único camino para salirse con la suya. Y lo hacía contra toda justicia.

A Olympia le ocurría en eso lo mismo que a su tío Burton. La mano de Job, el roce de aquella piel fina y fría le recordaba a las serpientes, tenía la impresión de estar acariciando la piel de una culebra.

—Supongo que no vienes a repetir el pésame, Job —dijo ella a guisa de preámbulo—. Te vi en el cementerio y me saludaste.

—Eres muy perspicaz, Olympia. Bien. Creo que es mejor ir derecho al asunto, sin rodeos.

—Te lo agradeceré.

—Burton ha muerto. No tienes otro familiar ni tu tío ha delegado su tutela en otra persona. Quiere decir esto que eres la dueña absoluta de la herencia de tus padres, sin intermediarios.

—Es cierto.

—Tengo que hablarte a propósito de eso.

Sacó unos documentos, que mostró a la joven.

—Mira esto. Lee atentamente.

Olympia obedeció, reparó en las líneas escritas y las firmas garabateadas al final de las mismas.

Miró fijamente a Job al terminar.

—Una hipoteca sobre todas las propiedades de los Hoopes. No tenía la menor noticia de esto.

—Es natural. Burton te lo ocultó en todo momento. Todo se hizo dentro de la mayor reserva.

—Pero tío Burton no tenía derecho a hacer esto. La plantación no era suya, no le pertenecía.

—Cierto, Olympia. Pero tampoco debes culparlo demasiado. Él quiso velar por tus intereses, hacerlo lo mejor posible. Falló. Compró acciones en el Este. Falló. Perdió todo el dinero invertido. Para poder salir adelante con la plantación, necesitaba dinero. Entonces recurrió a mí. Le hice el préstamo sobre hipoteca de estas propiedades. Era tu tutor y podía manejar las cosas con libertad. La ley lo prescribe así. Él creyó que podría pagar la deuda pronto y no fue así. Ahora está muerto, y la deuda sigue existiendo, no ha sido cancelada. La propiedad de la plantación está en juego.

Olympia meditó, quiso creer que, en efecto, tío Burton había obrado así como lo más conveniente para el gobierno de los bienes en tutela. Pero sin poder alejar la sospecha de que había utilizado el dinero de sus padres para tratar de ganar una fortuna para él. Vino el fallo y…

—¿No hay alguna salida? —Quiso saber.

—Económica, ninguna. He examinado bien todas las cosas. La próxima cosecha de algodón no bastará para pagar la décima parte de la deuda. Y no depende solamente de mí. El préstamo se le hizo a través del Banco.

—¡Ya! ¿Existe otra salida que no sea económica?

—Sí —afirmó rotundamente.

—¿Cuál?

—Conoces mis sentimientos. Te quiero, Olympia. Si consientes en ser mi esposa, cancelaré esta deuda. La plantación volverá a ser un negocio floreciente. Quedará unida a la mía, bajo una misma administración.

—También conoces mis sentimientos. Amo a Tony Groover.

—Sí, lo sé. Pero yo haré que lo olvides. Yo sé que llegarás a

amarme. Entonces serás feliz, te interesarás por todo lo mío, que será tuyo también.

Había vehemencia en Job Wharton.

—No sé, Job. Es muy duro eso. Y muy arriesgado. Mi madre se casó en circunstancias semejantes y fue una mujer desgraciada. Nunca se entendió con mi padre, siempre vivió añorando el amor perdido.

—Quizá porque tu padre nunca la amó y todo fue un capricho pasajero, una ilusión. Así no pudo haber entendimiento entre los dos. Pero te aseguro que lo mío es diferente. Te quiero demasiado. Haré que me ames. Por otro lado, está la plantación. Sabes lo que significaba esto para tu padre. Si lo pierdes, él te maldecirá allá donde se encuentre. Amaba esto tanto como a su propia vida.

Calló Olympia. Pero era cierto lo que decía Job. Su padre amó todo eso tanto como a su propia vida.

Antes de morir se lo dijo. Nunca debía perder la plantación, debía conservarla hasta el fin de sus días y transmitir la propiedad a sus herederos. La hacienda debía ser siempre de un Hoopes.

Vaciló. Por primera vez. Veía a su padre en su lecho de muerte, pidiéndole ese sacrificio. Y ella hizo una promesa. Sin embargo, no era la culpable de lo que estaba ocurriendo.

—Dame tiempo para pensarlo, Job —dijo—. Lo necesito. No puedo tomar una decisión así, de pronto.

—Toma el tiempo que necesites. Siempre estaré esperando.

Job no dejó traslucir su satisfacción. Había visto la vacilación de Olympia. Y esa vacilación implicaba una debilidad por su parte. Sólo faltaba dar el empujón final y todo estaría en sus manos. Por supuesto, Olympia no debía saber que aquellos ingenieros habían revelado la posible existencia de petróleo en el subsuelo de las tierras.

Job Wharton se despidió poco después. Regresó a su casa, ordenó ensillar una montura y galopó hacia el Bosque del Horror.

No tuvo que adentrarse demasiado. Theda apareció delante de él acompañada de su inseparable Zachary, como si lo estuviese esperando.

Desmontó y sostuvo la inquietante mirada de la vieja bruja sin el más leve parpadeo, dominando sus verdaderas impresiones.

—Has fallado, vieja bruja —amonestó—. Tony Groover continúa

estando vivo, y, en cambio, encontró la muerte en esa cabaña Burton Conger.

—Ya sé que he fallado —masculló la vieja—. No necesitas decírmelo. Ese idiota de Burton se interpuso en el camino de los encargados de acabar con Tony. Una vez cumplida esa misión, mis amigos regresaron a casa. Ellos no sabían que se habían equivocado de hombre.

—¿Quiénes son esos amigos tuyos? —preguntó Job.

Rió la vieja, mostró sus descarnadas encías, sus tres dientes picados de negro antes de responder:

—No importa eso.

—Sí que importa. ¿Cómo pudieron confundir a un hombre maduro, casi viejo ya, con un joven apuesto como Tony?

—Mis amigos no ven ni sienten. Yo les dicto las órdenes. Les mandé ir a esa cabaña y matar al hombre que encontrasen en ella. Según tus declaraciones, Tony estaría allí. Pero estaba Burton.

—Es cierto eso. Ese imbécil se precipitó, debió querer ser testigo de la muerte de Tony, y lo estropeó todo.

—Bien, Job Wharton. No te inquietes demasiado. Mis amigos buscarán a Tony. Lo matarán, llenarán su alma de terror. Acabarán con él, aunque tú desistas de matarlo.

Job guardó silencio, impresionado a su pesar por el odio envenenado que destilaban las palabras de Theda, por su expresión horrible, por el brillo demoníaco de sus pupilas.

CAPÍTULO VI

—Prepara otra trampa para Tony Groover —mascullό Theda.

—Eso no sólo va a ser muy difícil, sino imposible.

—¿Por qué?

—Muy sencillo, Theda. Tony no confía en mí. Si lo cito en cualquier parte, no acudirá, o si lo hace será acompañado de alguien. Somos rivales y él lo sabe. Después de lo ocurrido con Burton…

—Es verdad —reconoció Theda—. Lo entiendo perfectamente.

—¿Qué piensas tú, Theda? Tiene que haber una solución.

—Sí, tiene que haber una solución.

La vieja se entregó a una profunda meditación, observada atentamente por Zachary, pendiente de sus menores gestos para alegrarse o entristecerse según fuese la expresión de la bruja.

De pronto, Theda hizo un gesto de inteligencia y el jorobado emitió sordas risitas al tiempo que se frotaba las manos.

—Me parece que ya lo tengo, Job.

—Habla de una vez.

—Tú quieres acabar con Tony Groover tanto como yo misma, ¿no es así?

—Claro.

—Además deseas que Olympia Hoopes se incline a aceptarte como esposo.

—Sí. Es por eso que quiero que desaparezca Tony. Mientras él viva, Olympia no se decidirá abiertamente a aceptarme. Es un obstáculo serio en mi camino.

—Bien. Hay un modo de hacer las dos cosas a la vez, de matar dos pájaros de un tiro. Liquidar a Tony y empujar a Olympia a tus brazos.

—¿Cómo?

—Secuestrando a Olympia.

—¿Secuestrar a Olympia? ¿Quién haría eso?

—Nosotros, Zachary y yo. La llevaremos al bosque, de forma que Tony lo sepa. Él irá a buscarla para rescatarla. Morirá en el bosque. Tú también irás a salvarla. La diferencia estará en que mientras Tony muere, tú salvarás a Olympia. Las mujeres como Olympia Hoopes sienten predilección por los hombres valientes que arriesgan su vida para salvarlas de un peligro. Ellas quieren sentirse protegidas y por eso desean tener a su lado a un hombre fuerte, temerario. Olympia tendrá esa impresión de ti. Cuando sepa la muerte de Tony y vea lo que has hecho tú, no creo que vacile mucho.

Sonrió Job Wharton. Y su sonrisa era tan demoníaca como la de la propia Theda.

—¡Diablos! —exclamó—. Tienes razón. Es una buena idea. ¿Cuándo lo haréis?

—Esta misma noche. Estoy impaciente por acabar con ese Groover.

Job se fue del bosque dominado por la impresión de que todo iba a salir bien esa vez. Tony Groover moriría en su intento de rescatar a Olympia. Él llevaría a cabo el simulacro de rescate y eso influiría mucho en el ánimo de la joven. Luego, todo era cuestión de esperar. Olympia estaría sola y al fin se inclinaría hacia él. Eso era indefectible.

Al anochecer de ese día, Olympia, después de haber despedido a unos amigos que habían acudido a visitarla, salió al porche.

El sol, rojo, envuelto en un halo fantasmal formado por las nubes, empezó a ocultarse al otro lado de las montañas. El crepúsculo empezó a extender sus sombras grisáceas.

Oyó la extraña melopea de sus esclavos, encerrados en los cobertizos habilitados como dormitorios, donde se hacinaban por las noches, al terminar su trabajo. Era inquietante aquella especie de canción murmurada, como un gemido prolongado, sin término.

Vio a Tabita acurrucada contra una de las columnas, entonando la excitante melodía.

Se acercó a ella y le apoyó la mano en el hombro.

Tabita dejó de cantar, elevó su cara para mirar a su ama. Clavó en ella sus brillantes ojos, muy abiertos, ojos que mostraban un temor ancestral.

—¿Qué te ocurre, Tabita? ¿A qué viene esto?

La voz de la esclava tembló al hablar:

—Los espíritus han hablado. Los muertos salen de sus tumbas esta noche. Muertos sin alma.

Olympia se inclinó sobre ella, le apoyó la mano en la frente, sudorosa, ardiendo.

—Tienes fiebre y estás delirando, Tabita. Es mejor que vayas a descansar.

—No, ama Olympia. Es verdad. Se lo advertí también a amo Burton. Le dije que los espíritus habían hablado, que los muertos abandonaban sus tumbas. No me hizo caso. Él está muerto ahora. Los muertos lo mataron. Se encontró con ellos. La muerte lo buscó a él o acaso la encontró casualmente. Pero le ocurrió por no hacerme caso, por no escuchar mi consejo.

Olympia produjo chasquidos con su lengua, chasquidos de reproche.

—Cálmate, Tabita. Y vete a dormir. Lo necesitas. Si estás así mañana, avisaré al doctor.

Descendió los escalones y se fue paseando hacia el extremo de la explanada que rodeaba la casa. Cruzó junto al pozo y siguió caminando para llegar al parque de suelo cubierto de verde hierba, con cuadros de jardín, bancos y un denso arbolado que daba sombra al conjunto.

—No se aleje mucho de la casa, ama Olympia —dijo la negra.

La joven volvió la cara, sonrió a la esclava y siguió adelante.

Cuando se adentró entre los árboles, Tabita la siguió a distancia, rígido su cuerpo, como si una fuerza hipnótica, una fuerza misteriosa la dominase y le impusiera otra voluntad que no era la suya propia.

Olympia se internó entre los árboles. Allí la claridad crepuscular era más difusa y el paraje se llenaba de sombras insinuantes, de susurros arrancados por el viento al follaje.

Fue a sentarse en uno de los bancos de piedra.

Ése había sido el lugar predilecto de su madre, el lugar al que acudía cuando se sentía sola, cuando necesitaba evocar los recuerdos del pasado y pensar en la felicidad perdida.

Oyó un ruido, a su derecha.

Escuchó.

Pasos. Una persona se acercaba a ella por ese lado. Una persona que caminaba lentamente, pisando de un modo raro, como envarado.

—¿Quién está ahí? —preguntó.

No obtuvo respuesta. Los pasos siguieron resonando, cada vez más cerca.

Apareció la figura ante ella, avanzando pausadamente.

Una sensación erizante recorrió su cuerpo de pies a cabeza.

Era tío Burton. Pero un tío Burton horrible, de facciones estáticas, descompuestas en una mueca de supremo terror, inamovible. Vidriados y desorbitados sus ojos, abiertos los labios, apretados los dientes. Las ropas, arrugadas, desaliñadas, acrecentaban el aspecto de repulsión que ofrecía.

—Tío Burton —pronunció roncamente, venciendo el nudo que agarrotaba su garganta.

El cuerpo de Burton siguió avanzando, extendió sus brazos hacia ella al acercarse más.

Olympia comprendió de pronto, la verdad se abrió paso en su mente: una horrible verdad. Tabita tenía razón. Los espíritus habían hablado para decir que los muertos salían de sus tumbas esas noches. Porque era eso lo que tenía frente a ella; un muerto. El cadáver de su tío Burton, sin alma, pero dotado de movimiento.

Reaccionó torpemente. El terror se desató en sus entrañas, se las oprimió como una mano de acero.

Giró en redondo y trató de escapar de allí, de correr para alejarse de aquel horrendo ser que iba a su encuentro.

Tropezó en unos arbustos y cayó de bruces al suelo.

No pudo levantarse. El cadáver de Burton había llegado a su lado y se inclinaba sobre ella para tomarla en sus brazos. Sus músculos, rígidos, emitían un sonido parecido al de la madera seca al quebrarse.

Golpeó el suelo con los puños. Intentó gritar, pedir ayuda, pero su garganta se negó a emitir sonido alguno.

Las manos rozaron la piel de sus brazos. Frías como un mármol. Un frío húmedo, gélido.

No pudo resistirlo y su mente se sumió en las tinieblas de la inconsciencia. El cadáver la tomó entre sus rígidos brazos, la elevó y empezó a caminar hacia lo más intrincado del parque.

Theda y Zachary salieron a su encuentro.

Rió la vieja bruja:

—Buen trabajo, Burton.

Zachary se acercó al cadáver, que continuaba caminando muy envarado, sin cambiar la expresión de sus yertas facciones.

Miró la pálida cara de Olympia. Y de pronto acarició suavemente el sedoso cabello negro de la joven, que colgaba como una cascada de ébano. Lo hizo con ternura infantil, en medio de las maliciosas risitas de Theda.

Tabita, que se había detenido entre los árboles y miraba la escena a distancia, permaneció quieta hasta mucho después de que los cuatro personajes hubieron desaparecido más allá del parque, camino del Bosque del Horror.

Entonces sacudió la cabeza, pareció salir de aquella especie de éxtasis en que había estado sumida. Se estremeció, su cuerpo se sacudió en espasmos nerviosos.

Corrió hacia el cobertizo de los esclavos.

Cuando entró, todos estaban arrodillados en el suelo, ocupando el centro del cobertizo, todo el espacio libre que quedaba entre las literas, pegadas a las paredes. Mantenían las cabezas inclinadas, los brazos cruzados sobre los recios pechos. Entonaban aquella melopea rítmica, como un lamento prolongado.

Separado de ellos y dándoles frente, había un anciano negro, de cuerpo sarmentoso, de cabellera corta y rizada, completamente blanca. Era un antiguo hechicero de su tribu africana.

—¡Basta! —gritó la negra.

El cántico perdió el ritmo, se convirtió en una serie de voces raras al callar unos y bajar otros el tono de su voz, perdiendo el compás.

El hechicero se incorporó, elevó su mano para imponer silencio.

—Escuchemos a Tabita —dijo.

Todas las miradas, ávidas, brillantes, convergieron en la mujer gruesa de color, esperando sus palabras en medio del silencio sepulcral que se había producido.

CAPÍTULO VII

—Los muertos se han retirado ya —dijo—. Han estado aquí, en la plantación. Se han llevado a nuestra ama Olympia.

Muchos esclavos se pusieron en pie, excitados.

—La plantación ya no tiene dueño —exclamó una voz—. Estamos libres.

—No estamos libres —replicó Tabita—. Otros hombres blancos se harán cargo de la plantación. Seremos sus esclavos.

—No seremos esclavos si huimos todos juntos. Otros esclavos lo han hecho antes que nosotros, se han internado en el país, lejos de la civilización de los blancos.

—Eso nos convertirá en proscritos. Los blancos llaman cimarrones a los esclavos que huyen de sus plantaciones en busca de la libertad.

—Al diablo los blancos. Esta es una ocasión única. Es mejor ser proscrito y libre que acatar las leyes injustas de los blancos y ser sus esclavos. Somos como animales de carga para ellos. Los muertos han venido en nuestra ayuda. Es como un aviso de los dioses.

Se elevó un murmullo de aprobación.

—Esperen —gritó Tabita para hacerse oír.

Otra vez se hizo el silencio. Esperaron las nuevas palabras de la negra.

—Voy a buscar a Tony Groover. Es el prometido de ama Olympia y debe saber esto. Es un hombre fuerte y ama mucho a Olympia. Es posible que él pueda vencer a los muertos.

—Nadie puede vencer a los muertos —replicó alguien.

Tabita no hizo caso, no discutió más. Giró en redondo y fue a los establos para enganchar un caballo a una carreta sin cartolas.

La negra musitó una extrañas oraciones al cruzar junto al cementerio, luego pasó el puente de madera tendido sobre el riachuelo que iba a descargar sus aguas en el río Chattahoochee y

llegó a Wat Rouge una hora más tarde.

Buscó a Tony en la pequeña casita que éste habitaba en una calle apartada del pueblo, pequeño, agrícola, sencillo. Había estado otras veces allí, acompañando a Olympia.

El propio Tony, en mangas de camisa, le franqueó la entrada.

—Tabita —exclamó al reconocerla—. Pasa. ¿Vienes sola?

—Sí.

Cerró la puerta y miró el hermético rostro de la esclava. Se sintió inquieto, lleno de ansiedad angustiada, presintiendo algo extraño en la intempestiva visita de la sirvienta de Olympia.

—¿Ha ocurrido algo en la plantación? —preguntó.

—Sí, señor Groover. Ha ocurrido algo horrible.

—¿A Olympia?

—Sí, a la ama Olympia.

—Habla.

—El hechicero Tamar se comunica con los espíritus. Ellos le dijeron que los muertos saldrían de sus tumbas la noche que murió amo Burton. Esta noche volvieron a decirle lo mismo. Ama Olympia fue al parque. Le advertí que no se alejase. Amo Burton se le apareció, muerto, sin alma. Lo acompañaban Theda y ese jorobado, Zachary. Ama Olympia se desmayó y se la han llevado.

Tony se pasó la mano por el rostro, miró a la negra, incrédulo y desasosegado al mismo tiempo.

—Eso que dices… No es posible. Burton está muerto y sepultado. No es posible que haya ocurrido eso que dices.

—Yo lo he visto. Tiene que creerme. Olympia está en peligro. La bruja Theda se la ha llevado a su Bosque del Horror. De esa mujer no puede salir nada bueno para ama Olympia.

Tony comprendió que la mujer estaba diciendo la verdad, que era absolutamente sincera. Podía ocurrir que hubiese visto a un hombre muy parecido a Burton Conger llevarse a Olympia. Pero no cabía duda que decía la verdad en cuanto al secuestro y que Theda y Zachary habían estado presentes.

—Está bien. Escucha bien mis instrucciones. Vuelve a la casa y espera allí. Voy en busca del juez. No te muevas de allí hasta que Olympia o yo te busquemos.

—Sí, señor Groover.

El juez escuchó en silencio la narración de Tony.

—¿Qué opina de esto? —preguntó el joven después de un prolongado silencio.

—Conozco las creencias de esos negros. El hombre lobo y los *zombies*. Muertos sin alma, que se levantan de sus tumbas al conjuro de una fuerza misteriosa impuesta por otro ser. No sienten, no sufren, no ven…, pero caminan, actúan. Otra persona dicta las órdenes y ellos obedecen.

—Entonces… Bueno. Lo que ha dicho Tabita es la verdad. Le he creído el secuestro de Olympia. Sin embargo, he dudado de lo de Burton. Quizá otro hombre que se le parece mucho ha sido confundido por Tabita. La oscuridad, el temor, las creencias…

—Hay una forma de comprobarlo —afirmó el juez.

—¿Cuál?

—Abrir el ataúd de Burton Conger. Si su cadáver sigue encerrado en ese ataúd, Tabita ha visto visiones, ha confundido a un hombre con otro. Pero si el cadáver de Burton no está…

—Buena idea. Vamos allá, juez. Usted tiene poder para abrir ese ataúd.

—Cierto. Pero hagamos las cosas legalmente. Vamos en busca del *sheriff*.

El *sheriff* estaba en la cama. Se había acostado hacía unos minutos, después de haber empinado el codo más de lo conveniente en una autoridad como él.

Lo vistieron aprisa y corriendo fueron los tres al cementerio, a caballo.

Encontraron abierta la cancela y ese simple detalle les hizo estremecer.

El juez encendió un velón y entre los tres descorrieron la losa que cubría la entrada de la cripta.

Bajaron.

Olía a cera quemada y quedaba en la cerrada atmósfera de la cripta reminiscencias del incienso quemado en otras ocasiones, en otras ceremonias fúnebres. Como si ese olor debiese acompañar eternamente a los muertos sepultados en el panteón de los Hoopes.

Arrastraron el ataúd fuera del nicho.

El propio juez abrió la tapa.

Vieron el cadáver del profanador de tumbas, el rostro contraído en aquel gesto de supremo terror que había paralizado los latidos de

su corazón.

Palidecieron.

Al *sheriff* se le escapó un inoportuno hipo. Se cubrió los labios con la mano y miró a sus acompañantes. Pero éstos ni siquiera habían reparado en ese detalle. Miraban ensimismados el cuerpo sin vida del profanador que ocupaba el puesto destinado para Burton Conger.

Tony fue el primero en romper el silencio, en salir de su abstracción.

—No está el cadáver de Burton. Ignoramos lo que ha ocurrido aquí, pero este infeliz ocupa el ataúd del tío de Olympia. Estaba bien muerto. No cabe dudar eso.

—Exactamente, Tony. No cabe dudar eso. Estrangulado y con las tripas afuera. Muerto y bien muerto. Pero se ha escapado de su tumba. Eso quiere decir…

—Eso quiere decir que hay que ir al Bosque del Horror, a la guarida de esa bruja, para librar a Olympia del horror que se ha apoderado de ella.

Lo miró de soslayo el juez. Su expresión era de incredulidad, de conmiseración al mismo tiempo. Como si Tony no hubiese entendido la terrible verdad y estuviese delirando y proponiendo imposibles.

—¿Qué podemos hacer nosotros, pobres mortales, contra esas fuerzas que mueven a los espíritus y sacan a los muertos de sus tumbas?

—Podemos hacer muchas cosas. Todo, menos cruzarnos de brazos. Vamos al pueblo. Hay que llamar a la gente, dar la alarma. Usted les hablará. Hágalo sin rodeos. Unos se acobardarán, se esconderán en el último rincón de su casa. Pero otros responderán al llamamiento, vendrán con nosotros al bosque para salvar a Olympia.

Dejaron caer la tapa del ataúd y salieron de la cripta sin molestarse en colocarlo nuevamente en el nicho.

Cabalgaron hacia el pueblo.

—Es terrible la suerte de Olympia —musitó el juez cuando ya hubieron llegado, al desmontar—. Pero no veo que podamos hacer nada práctico para librarla de ese peligro. Creo que sólo nos cabe esperar el curso de los acontecimientos. Nadie querrá arriesgarse a

penetrar en el Bosque del Horror.

—Si nadie quiere ir, ustedes dos sí lo harán. Es su deber. Se trata de un secuestro. Es un delito penado por las leyes. Ustedes dos representan a esas leyes. Conocen al culpable.

—¿Un cadáver?

—No. Theda. Hace tiempo que debían haber procedido contra esa mujer. Hay leyes que prescriben el castigo contra la práctica de la brujería. Theda es una bruja. Si ella muere, todo terminará. Ella es la fuerza que mueve esos cuerpos sin vida.

Asintió el juez.

—Eso es cierto. Si muere Theda, esos cadáveres volverán a su verdadero estado, a no ser nada.

—Exacto, juez. Ahora comprendo aquel olor fétido de la cabaña de los ovejeros, cuando encontramos muerto a Burton. Lo habían matado otros cadáveres putrefactos, movidos por la bruja Theda.

Tony Groover fue a la iglesia. Despertó al pastor, lo puso rápidamente al corriente de la situación, lo sacó de la cama y empezó a hacer sonar la campana, la hizo repicar dando la alarma, como se tocaba cuando ocurría una catástrofe y era necesaria la ayuda de todos los habitantes de Wat Rouge.

Brillaron luces, se abrieron ventanas, asomaron rostros soñolientos.

El juez envió a los primeros que salieron a dar la voz por todo el pueblo para que los hombres se reuniesen en el Juzgado.

En menos de una hora estuvieron todos allí. Entonces el juez, pálido y desencajado, fue explicando lentamente todo lo ocurrido, sin omitir detalle alguno. Su voz temblaba ligeramente y se detenía a menudo para recobrar el resuello, para dominar ese temblor.

Al terminar paseó su mirada por todos los rostros, atónitos, rostros que reflejaban el temor a lo desconocido, a las fuerzas sobrenaturales que estaban actuando. Pronunció sus últimas palabras:

—Podéis retiraros a vuestras casas en busca de armas y de caballos. Dentro de media hora nos reuniremos en la entrada de la capilla. Espero el concurso de todos, porque en el fondo a todos nos atañe esto. Allí espero a los valientes.

CAPÍTULO VIII

Pasó el tiempo marcado por el juez.

Tony, el juez y el *sheriff* miraron la desierta calle que se extendía ante ellos.

Nadie había acudido a su llamamiento. Las puertas y las ventanas de todas las casas estaban cerradas. El miedo estaba dentro de ellas. No brillaba una sola luz en ninguna de las casas. Todos esperaban expectantes a que partiesen los tres hombres, todos estaban dispuestos a hacer valer sus derechos y sus libertades para no ser obligados a ir al Bosque del Horror en busca de Theda.

—Es inútil —gruñó el joven—. Nadie va a venir. Están asustados.

—No debe culparlos —adujo el juez—. En el fondo son valientes. Pero esto es distinto a todo lo conocido. Si se tratase de capturar a un criminal desalmado, esos hombres no fallarían. Lo han hecho otras veces. Pero Theda y sus *zombies*…

Partieron los tres hombres. El *sheriff* y el juez, lamentando en su fuero interno tener que cumplir con ese deber.

Se internaron entre los enhiestos pinos del bosque, en busca del refugio de Theda. Al paso de sus monturas. Todos los sentidos bien despiertos, alarmándose a cada ruido del bosque, viendo figuras extrañas en cada sombra.

Sólo Tony se mantenía sereno. Pero era el amor a Olympia lo que le prestaba ese valor, esa temeridad, lo que le hacía dominarse.

Al mismo tiempo que los tres partían de Wat Rouge, otro jinete abandonaba el pueblo por su parte sur, obligando a su caballo a galopar como un diablo.

El jinete se adentró en la extensa propiedad de Job Wharton. Un guarda armado, encargado de velar por los esclavos, lo condujo hasta la presencia del dueño de la plantación, en su lujosa mansión señorial.

—Hola, Peter —saludó Job—. ¿Qué novedad ha ocurrido?

El hombre explicó la llamada del juez, sus palabras y cómo habían partido los tres hombres solos.

Job golpeó la palma de su mano izquierda con el puño.

—Bien. De forma que Theda ha secuestrado a Olympia Hoopes y esos tres han ido a buscarla. Yo también voy. Pero solo.

Salió de la casa y ordenó ensillar el mejor caballo.

Cuando montó, el hombre que había ido desde Wat Rouge apoyó una mano en el cuello del caballo al tiempo de decir:

—¿No va a hacerse acompañar de nadie, señor Wharton? Theda es una mujer muy peligrosa. Y esos muertos…

—Claro que voy solo. No temo a Theda ni a nadie. Yo rescataré a Olympia de las garras de esa bruja.

Le entregó unas monedas y partió, espoleó al caballo.

Era necesario que llegase pronto al refugio de Theda y se llevase de allí a Olympia. No creía que esa vez fallase el golpe de la vieja contra Tony Groover. Pero existía esa remota posibilidad. Por eso, por si se producía esa posibilidad, quería adelantarse, ser el primero. Eso inclinaría a Olympia a su favor, aunque Tony continuase viviendo.

* * *

Olympia abrió los ojos. Sintió pesadez en sus párpados y en su mente.

Miró la destartalada mesa situada en el centro de una estancia, que olía a humo de leña. Vio las paredes de troncos sin desbastar, el hogar, en el que ardían unos leños, el quinqué de queroseno sobre la mesa, los taburetes…

Sus pupilas se clavaron en la pelada calavera asentada en un estante, en un rincón. Miró los dientes, las cuencas vacías…

Los recuerdos acudieron en tropel a su mente, coordinó las ideas.

Se levantó del tosco camastro en el que estaba echada.

Se abrió la puerta. Theda y Zachary entraron.

Olympia sintió aprensión, una sensación indefinible de miedo y repugnancia al mismo tiempo.

—Usted es Theda —dijo.
—Sí, soy Theda.
—¿Dónde estoy?
—En mi cabaña del Bosque del Horror. ¿No lo has adivinado?
—Quiero regresar a mi casa.
La vieja emitió su risa siniestra, mordiente, cáustica. Una risa erizante.
—Me temo que eso no va a ser posible, preciosa. ¿Crees que me he molestado en traerte hasta aquí para soltarte sin más ni más? No. Tú nos harás compañía una temporada. Y no me preguntes más cosas. No voy a contestarte. ¿Sabes una cosa? Odio la belleza, odio a las mujeres bonitas. Y tú eres una mujer bonita.
Theda había pronunciado estas últimas palabras con absoluta sinceridad, era una confesión que había brotado espontáneamente de lo más profundo de su ser.
—Yo no le he hecho ningún daño.
—No importa eso.
Olympia cerró los ojos por un instante. Luego miró al jorobado, que se había situado un par de pasos detrás de la vieja y la observaba atentamente, en silencio. Una mirada penetrante, extraña.
—Tengo un vago recuerdo de las cosas —susurró la joven—. Salí de la casa y vi a Tabita. Me dijo que los muertos habían salido de sus tumbas, que no me alejase mucho de la casa. Fui al parque y vi a un hombre. Sin duda estaba influida por las palabras de Tabita. Ese hombre me pareció tío Burton. Pero eso no puede ser. Fue una pesadilla. Tío Burton está muerto.
Otra vez la erizante risita de Theda llenó todos los rincones de la cabaña. Era un sonido que parecía dotado de vida propia, que lo inundaba todo, se introducía en el cerebro y hacía daño, aguijoneaba, llevaba frío a las entrañas.
—Has visto realmente a Burton Conger —masculló—. Yo lo saqué de su tumba. Sigue siendo un cadáver. No siente, no habla, no ve. Pero obedece ciegamente todo lo que yo le ordeno. Adquirí esos poderes en la India misteriosa, en África. Y no está solo. Le acompañan otros cadáveres. Tipos que fueron personajes influyentes en vida. Ahora son mis esclavos, mis perros guardianes. Mis poderes los hacen moverse. Sólo que no puedo contener la

putrefacción y poco a poco se van descomponiendo.

Olympia escuchó en silencio. Se sintió aterrada ante la idea de que fuese realidad lo que decía Theda. Era una horrible idea. Sin embargo…

Denegó mediante un enérgico ademán de su cabeza.

—No puedo creerlo. No, Theda, no creo que exista un poder oculto capaz de hacer salir a los muertos de sus tumbas. Ni tampoco una persona tan depravada capaz de hacer eso, aunque tenga poderes para ello.

Esta vez la risa de Theda fue más hiriente, más amenazadora.

—Voy a demostrártelo. Ven conmigo. Vamos.

Olympia salió de la cabaña, seguida de Theda y del jorobado, que no le quitaba la mirada de encima. Y no era una mirada de lascivia. Era una mirada extraña, en la que había una buena mezcla de ternura. Era como la mirada de un niño perdido, que de pronto encuentra a una persona que lo acoge, que lo apoya, que disipa todos sus temores sentidos ante la soledad y los peligros presentidos.

Zachary tiró de la raída falda de Theda para llamar su atención.

—¿Qué te ocurre? —preguntó la vieja.

El jorobado bajó su voz para musitar:

—¿Crees que se habrán enterado ya de que Olympia está aquí, con nosotros?

—Claro que sí. No eres muy inteligente, Zachary. La enfermedad afectó también tu cerebro. Eres como un niño. No te fijaste más que en Olympia. Por eso no viste a Tabita. Ella lo observó todo. Ella lo dirá todo. Tony vendrá… y morirá. Yo sabré cuándo ha entrado en el bosque.

Atravesaron un pequeño claro. Al otro lado del mismo había un cobertizo de troncos, de techumbre más elevada que la de la cabaña. La puerta era de recias tablas de roble y estaba atrancada por afuera. Un grueso madero asentado sobre dos salientes impedía que fuese abierta desde dentro. El cobertizo carecía de ventanas.

Theda abrió la puerta. Se adentró en el oscuro cobertizo, mientras Olympia y el jorobado permanecían junto a la entrada.

La vieja encendió un candil de aceite, que alumbró malamente el cobertizo.

—Pasa —ordenó.

Olympia avanzó tímidamente.

Se detuvo de pronto. El penetrante olor a la carne corrompida atacó sus cavidades nasales, enervó su cuerpo, le produjo una invencible repugnancia.

—Mira allí —escupió Theda.

Siguió la dirección indicada por el dedo de la vieja. Vio los cuatro cuerpos tendidos en el suelo, muy cerca de la pared lateral.

Cadáveres. Algunos de ellos en avanzado estado de descomposición. Cuando se hacía el silencio, podía oírse el rebullir de los gusanos haciendo presa en las entrañas, en las carnes corruptas de los muertos.

Theda se cubrió el rostro con las manos, susurró palabras ininteligibles, como si fuese una larga, una interminable oración.

De pronto, los cuatro cadáveres corrompidos empezaron a moverse. Elevaron sus bustos, apoyaron sus manos en el suelo para impulsarse, se pusieron en pie y avanzaron hacia ellos.

Olympia pudo ver entonces el rostro desencajado de tío Burton, su mueca horrible estereotipada en sus facciones rígidas. Pudo ver al juez Dangler, con sus cuencas ya vacías, con los hoyuelos por los que asomaban las negras cabezas de los gusanos. El negrero, a punto de quedar convertido en un esqueleto descarnado, con sus pingajos de carne adheridos a los huesos, con su calavera casi al descubierto por entero. Y al coronel Norman, podrido.

El repugnante hedor se hizo más intenso al aproximarse los cadáveres.

Olympia no pudo resistir tanto horror. Gritó, se propinó un golpe en la sien para convencerse de que no se trataba de una pesadilla y corrió afuera.

CAPÍTULO IX

Olympia se detuvo cuando alcanzó el primer árbol que se alzaba al final del claro del bosque. Se apoyó en él, ocultó su rostro y estalló en sollozos que agitaban su pecho convulsivamente.

Se estremeció al sentir cómo una mano se apoyaba en su brazo.

Era Zachary y eso la tranquilizó bastante. Por un instante había pensado que Theda quería llevar el terror hasta sus últimas consecuencias y había lanzado contra ella a uno de sus horribles cadáveres.

El jorobado la tomó por el brazo y la llevó hacia la cabaña.

Theda había salido también del cobertizo, sin apagar el candil. La luz escapaba a través de los intersticios de la puerta. Echó la tranca sin dejar de reír sarcásticamente. El terror de Olympia parecía haberla divertido mucho.

Olympia se dejó caer sentada en el camastro. Se fue calmando poco a poco. Pero le era imposible apartar de su mente el recuerdo de la experiencia que acababa de vivir. Eso dejaba una huella indeleble en su cerebro.

El jorobado le ofreció una jarra de café, que aceptó. Lo estaba necesitando.

La mano de Zachary se apoyó suavemente en su negra cabellera y se la acarició. Varias veces pasó su mano por el sedoso cabello. Gestos muy delicados los suyos, como si temiese que algo pudiera romperse, algo muy frágil.

Olympia tuvo la tentación de rechazarlo, de apartarlo de sí. Pero se contuvo. No había ningún mal en eso. Y no había maldad en la mirada ni en los gestos de Zachary.

Miró la calavera, las cuencas vacías, las mandíbulas…

Se estremeció.

Zachary desvió su mirada hacia ese punto. Comprendió lo que le ocurría a la joven. Entonces se separó de su lado, tomó un viejo

trapo, pringoso, y cubrió con él la calavera.

Cuando regresó al lado de Olympia, ésta le agradeció lo que había hecho.

—Gracias, Zachary. Eres bueno en el fondo. No sé cómo puedes vivir con esa mujer cruel y pérfida. Quizá porque nunca se tendió una mano amiga hacia ti para ayudarte.

Asintió Zachary por toda respuesta.

Theda entró en la cabaña. Los miró a los dos. Y entendió.

—Ven un momento, Zachary. Tengo que hablarte.

Salió el jorobado detrás de la bruja.

Sonrió ésta, apoyó su mano en la cabeza del jorobado y le atusó el cabello, desgreñado, en una señal amistosa, de simpatía.

—Te gusta Olympia, ¿eh, Zachary?

Cerró los ojos el jorobado y aspiró fuerte.

—Ella es… preciosa —respondió al fin.

Theda lo miró fijamente antes de preguntar en un tono malicioso:

—¿Quieres que sea tuya?

Se enserió el rostro de Zachary, deformado por la antigua enfermedad, con su verruga en la nariz. Una seriedad impresionante la suya.

—Me gustaría, sí —susurró—. Es muy bonita. Cuando la siento a mi lado, parece que no corre el tiempo. Resulta muy agradable. Pero Olympia nunca me aceptaría. Tú misma dices muchas veces que soy como un engendro.

—¡Bah! No seas idiota, Zachary. Podemos obligarla. Recuerda que nosotros tenemos la fuerza. Olympia no tendría más remedio que doblegarse.

La mueca que dibujó el semblante del jorobado fue de desencanto, de resignación ante lo inevitable.

—No es agradable hacer eso. Olympia es delicada. Es como una flor silvestre del bosque. Muy hermosas, pero se marchitan pronto si se las arranca de su tallo.

—¡Vaya! Resulta que eres un romántico empedernido. Y un tonto de remate. Toma ejemplo de Job Wharton. No se detiene ante nada ni ante nadie. Estorba Tony, pues ordena matar a Tony. Y se ganará a Olympia, la hará suya para siempre, mientras tú te detienes ante unos estúpidos escrúpulos. Sí, Zachary, eres un tonto

de remate.

—Job Wharton es un canalla —masculló el jorobado, hosco el semblante.

—¿Y qué eres tú? —estalló la vieja, enconada por la oposición del jorobado—. Yo te lo diré. Eres un miserable engendro. No hemos hablado nunca de esto, pero quizá sea una buena ocasión para hacerlo. Nunca sabrás quién fue tu padre. Tu madre fue una mujer del arroyo, una mujer que se vendía por unos dólares. Tú eras un estorbo para ella y te abandonó. Yo te recogí porque me recordabas a… ¡Al diablo con todo! No te importa lo que me recordabas. Te recogí y te cuidé como a un hijo de mis entrañas. Eras muy niño cuando enfermaste. Debió llevarte la muerte. Pero te respetó. Y te convertiste en lo que eres, un tipo feo y deformado por esa asquerosa joroba en tus espaldas. Ya lo sabes todo, gusano asqueroso. Así cuidarás tu lengua antes de volver a decir que un tipo como Job Wharton es un canalla. Aun reconociendo que lo es.

Zachary humilló la cabeza. Se humedecieron sus ojos.

La tensión desapareció en Theda. Se calmó con la misma prontitud con que se había excitado. Levantó la cara de Zachary.

—Vamos, muchacho —dijo—. No he querido ofenderte. Sabes que sólo soy una vieja gruñona. No me guardes rencor, no tengas en cuenta mis palabras. Al fin y al cabo, es verdad todo eso de tu madre. Hay muchos como tú. Mala suerte. Eso es todo. Pero tú y yo nos hemos entendido bien, nos necesitamos. Nos hemos acostumbrado el uno al otro y tenemos que seguir juntos. Si lo deseas, haré que mis muchachos maten a Tony Groover y a Job Wharton. Olympia se quedará con nosotros aquí, para siempre. Entonces seremos tres.

El rostro de Zachary se entristeció.

—Nunca accederá a quedarse con nosotros.

—Acabará acostumbrándose. La enseñaré a ser insensible, como te enseñé a ti. ¿Recuerdas al principio? Cuando te hablaba de ir al cementerio en busca de un cadáver, te ocultabas como una rata. Luego te asustaba abrir las tumbas y ver caminar a los muertos. No podías ocultarlo.

—Es cierto.

—Sin embargo, te has acostumbrado a entrar en los cementerios, a abrir las tumbas, a ver a los muertos a nuestro lado, obedeciendo

mis órdenes. Pues bien, enseñaré a Olympia a dominarse. Después la haré adquirir mis poderes y actuará como yo misma, hará que los muertos se levanten y la obedezcan. Le gustará. Entonces se quedará.

—No creo eso. Olympia es distinta.

El furor volvió a Theda, la dominó.

—¿Qué quieres decir con eso de que Olympia es distinta? —gruñó.

—Me has entendido.

Se deformó el rostro arrugado, fláccido de Theda en una mueca demoníaca.

—Horrible gusano, engendro del infierno. Ya verás cómo la hago cambiar. Cómo la convierto en una mujer igual a mí. Primero la acostumbraré a mirar las cosas de otro modo, a perder eso que llaman la sensibilidad. Empezaré esta misma noche. Voy a encerrarla con los muertos. Pronto se hará a este nuevo estado de cosas. Y después se habituará a ti, acabará queriéndote.

Se volvió para entrar en la cabaña, pero el jorobado la retuvo por un brazo.

—Espera, Theda —dijo.

—¿Qué diablos te ocurre ahora?

—No haces esto por mí. Eso lo dices sólo como una disculpa, para que no haga yo ninguna protesta. Has dicho que odias a las mujeres bonitas. Olympia es una mujer bonita y la odias por eso. Sólo quieres mortificarla. Después la entregarás a Job Wharton.

Rió la bruja.

—No eres tan tonto como yo creía, Zachary. Tienes razón en eso. Después la entregaré a Job Wharton. Tú mismo has dicho que no aceptarías una coacción sobre Olympia. Es necesario que ella se asuste mucho. Así sentirá mayor inclinación por el hombre que la salve. Ese hombre es Job. Recuerda mi pacto con él.

—No. Estás mintiendo. Cada vez dices una cosa diferente. La gran verdad es que quieres mortificarla porque es bonita. ¿Por qué odias así a las mujeres como Olympia?

Un extraño fulgor brilló en las pupilas de la vieja de rostro arrugado.

—Escucha, engendro. Yo he sido también joven y bonita. Sí, muy bonita, aunque te parezca mentira. Tan bonita como Olympia.

Sólo había una diferencia entre las dos. Olympia ha nacido en cuna de oro. Yo nací en un hogar miserable. Por eso sufrí un cruel desengaño, un desprecio que hirió mi alma.

—Entiendo. Tuviste un hijo. Ese hijo tuyo murió. Por eso me recogiste a mí. Era eso lo que te recordaba, al hijo muerto. Pero enfermé y quedé… como estoy ahora. Por eso nunca me has querido. Sientes compasión por mí, quizá algo de afecto, pero no me quieres. Y creo que estás loca, que tu mente se ha trastornado. El desprecio, la muerte del hijo… todo lo demás.

Volvió a brillar la mirada de Theda, a destellar de un modo raro.

Oprimió el hombro de Zachary con su mano, hasta clavarle las uñas en la carne.

—No estoy loca, ¿te enteras, engendro? Estoy rabiosa, enfurecida. Luego me volví vieja y fea, como soy ahora. Todos me miran con repulsión, todos me temen, rehúyen mi contacto. Esto es como una venganza contra las mujeres que son como fui yo, pero que pueden alcanzar una felicidad que yo no tuve. Es una venganza contra la misma humanidad. Tú no puedes entenderlo.

Lo empujó a un lado y entró en la cabaña.

Olympia se puso en pie al verla.

Era horrible aquella forma de mirarla de Theda. Una mirada que se clavaba como un dardo emponzoñado.

—Vamos, encanto —masculló—. Sal afuera. Vuelves al cobertizo. Tu puesto está allí.

Olympia tembló ante la idea de volver a entrar en aquel cobertizo en percibir el hediondo olor de la carne putrefacta, en ver a los cadáveres podridos moverse por la estancia.

—No. No quiero ir allí.

—Tienes que ir. No es un ruego, sino una orden.

—No podrá obligarme.

—¿Eso piensas? Ahora verás.

Tomó un látigo que colgaba de un clavo de la pared. Lo agitó, arrancándole secos chasquidos.

—Adelante, palomita. O te trataré como tratáis vosotros a vuestros esclavos.

—¡No!

El látigo cayó en el hombro izquierdo de Olympia, rasgó el vestido y se llevó un jirón de su piel. El segundo latigazo rompió la

ropa a la altura de su pecho, le produjo un dolor vivísimo, insoportable.

—Afuera —tronó la vieja—. Si no obedeces, te juro que destrozaré tu linda cara… El látigo deja marcas imborrables.

Olympia salió aprisa de la cabaña. En ese instante le parecía mucho más horrible aquella mujer que los mismos cadáveres del cobertizo. El dolor y la actitud de Theda la impelieron a la obediencia ciega, como si su mente se hubiese quedado en blanco y la vieja bruja estuviese infiltrada en su cerebro para imponer su ley extraña y despiadada.

Theda la empujó varias veces, látigo en mano. El último empellón lanzó a la muchacha hasta el centro del cobertizo, donde cayó de bruces, apoyando las manos para no hundir su rostro en la tierra que formaba su suelo.

La vieja emitió entonces su risa indefinible. Puso la tranca en su lugar.

Olympia no pudo impedir que brotasen los sollozos, a borbotones. Se movió.

Vio los cuatro cuerpos putrefactos, tendidos nuevamente en el suelo.

Se arrastró materialmente hasta la puerta. Allí se incorporó, se apoyó en las recias tablas de roble que la formaban.

Afuera, Theda hundió el rostro entre sus manos y empezó a pronunciar aquella especie de larga oración, acompañada de algunos signos cabalísticos.

Los muertos empezaron a moverse. Apoyaron las manos en el suelo, se levantaron.

De pronto empezaron a caminar por el cobertizo, pasaron muy cerca de la joven, enviaron hacia ella rociadas del olor hediondo que despedían los cuerpos descompuestos.

Olympia aporreó la puerta, gritó.

—¡Sacadme de aquí! ¡Abrir la puerta!

Repitió una y otra vez sus palabras, en demanda de ayuda. Las repitió, hasta enronquecer mientras sus puños caían una y otra vez contra las tablas, que apenas se estremecían con sus golpes.

Los muertos siguieron paseando, arriba y abajo, como autómatas.

Olympia creyó enloquecer de terror ante la inhumana

indiferencia de los cadáveres. La joven creyó enloquecer esa noche al sentir el rebullir siniestro de los gusanos, los crujidos secos de los músculos, los chasquidos de los huesos de los muertos en movimiento. Y afuera, las brutales carcajadas de Theda, tan fuertes como los gritos de Olympia, reflejando el intenso placer que le proporcionaba el terror desatado de la joven.

Zachary reaccionó de pronto. Había permanecido quieto, dejando hacer a Theda, sin oponer la menor resistencia a los designios de la vieja. Pero algo parecía haberse roto dentro de su ser.

Exhaló como un fuerte gemido, corrió al cobertizo y quitó la tranca.

Al abrir la puerta, Olympia apareció en el hueco, pálida, desencajada, reflejando el tremendo terror sufrido.

El jorobado la tomó de la mano y la llevó hasta la cabaña.

Antes de entrar miró profundamente a Theda, como en un desafío a que se opusiera a lo que estaba haciendo. Pero Theda no adujo nada en contra, permaneció rígida, envarada, dejando hacer a Zachary.

Olympia se sentó en el lecho. Su mirada parecía extraviada, perdida en un punto indefinido de la cabaña, sin ver nada en concreto.

Acarició suavemente la mano rugosa de Zachary. Musitó:

—Te agradezco lo que has hecho por mí. Eres muy bueno. Nunca olvidaré esto.

El rostro del jorobado dibujó un gesto compungido:

—No. Yo soy un engendro. Theda lo repite a todas horas.

Se miraron.

—Te equivocas, Zachary. Theda no tiene razón. Nadie nace como quiere. Unos nacen de una forma y otros de otra. El destino es distinto para cada persona. Tu cuerpo se ha deformado por alguna enfermedad física. Pero tu alma está sana. Eso es lo que importa. Theda sí es un engendro. Su espíritu está enfermo de odio, de rencor envenenado. En cambio, el tuyo está intacto.

Zachary apoyó su mano en el hombro de la joven. Se lo oprimió como en señal de adhesión y salió seguidamente de la mísera cabaña que compartía con la vieja bruja.

Ésta lo recibió con una mueca de desprecio.

—Sigues siendo un maldito idiota, Zachary —amonestó—. Si crees que vas a obtener alguna ventaja por usar la compasión, te equivocas de medio a medio. Las mujeres como Olympia son orgullosas.

De pronto se puso rígido su cuerpo. Cayó como en una especie de éxtasis, observada atentamente por el jorobado, que guardó un silencio absoluto.

El cuerpo de Theda se sacudió en violentos espasmos. Y pronunció:

—Ya viene. Tony Groover está en el bosque, busca a Olympia. Lo siento. No está muy lejos. Bien. Los muertos tienen trabajo esta noche. Eso salva a Olympia de momento. Y a ti. Te ajustaré las cuentas en otra ocasión, te enseñaré a no llevarme la contraria, a destrozar lo que yo hago.

Fue al cobertizo y retiró la tranca.

Los cuatro cadáveres continuaban caminando de un lado a otro, como autómatas.

Theda musitó algo ininteligible para un oído profano, hizo señales con las manos, movió el cuerpo de un modo extraño.

Los cadáveres se reunieron, se situaron todos juntos, como formando un grupo compacto, horripilante.

A una señal de Theda fueron saliendo del cobertizo, atravesaron el claro y se perdieron entre los árboles del bosque.

La bruja volvió al lado de Zachary.

—Todo está decidido y en marcha, Zachary —musitó—. Tony Groover morirá pronto. Mis muchachos darán cuenta de él después de haber llenado su cuerpo y su alma de terror. Luego, si su corazón no falla, los muchachos lo matarán. Yo me habré vengado entonces. Pero quiero llevar mi venganza hasta más allá de la muerte. Cuando esté muerto, lo haré venir aquí, junto a nosotros. Destruirá todo lo que le pertenece, obedecerá mis órdenes. Y su padre se agitará en su tumba y no encontrará el descanso.

CAPÍTULO X

Tony Groover y sus dos acompañantes alcanzaron un arroyo que cruzaba el bosque, que discurría entre regatos poco profundos para ir a verter sus aguas en el río, de corriente impetuosa, afluente del Chattahoochee.

Desmontaron y dieron de beber a los caballos, saciando ellos también su sed.

Las gargantas estaban resecas y no precisamente por la cabalgada nocturna ni por el viento cálido y húmedo que agitaba las copas de los árboles. Eran las sensaciones internas las que resecaban las gargantas y ponían aquella suavidad erizante en la piel.

Las miradas giraron en torno, desconfiadamente. El temor continuaba presidiendo todos los actos del juez y del *sheriff*. Temor a peligros desconocidos, temor ancestral a fuerzas misteriosas, desconocidas, infrahumanas.

—Creo que debemos tomarnos un descanso —adujo el juez, sin levantar mucho la voz—. Hemos cabalgado durante más de dos horas. Los caballos necesitan descansar y nosotros también.

—Tiene razón —respondió el *sheriff*, apoyando la idea—. Creo que debíamos pasar aquí el resto de la noche. El follaje apenas deja pasar la claridad lunar. Así es imposible encontrar ninguna huella. Creo que con la luz del día, las cosas cambiarían. Por supuesto, montaríamos turnos de guardia. Por nada del mundo me quedaría dormido en este bosque, sin nadie que vigilase.

—No podemos detenernos —terció Tony—. Hay que seguir adelante, hasta descubrir el refugio de esa maldita bruja. Cada minuto que pasa es un suplicio para Olympia.

El *sheriff* mascculló sordas maldiciones, pero no se atrevió a oponerse abiertamente. Los efectos del alcohol habían pasado y eso acrecentaba su miedo, mal disimulado.

—Un momento —alertó el joven—. Parece que se oyen ruidos, que no son los del viento.

—Es cierto —susurró el juez, erizado el cabello—. Ruido de pasos. Tres o cuatro personas. Caminan lentamente, hacia nosotros.

El *sheriff* empuñó su escopeta de cañón aserrado, cargada de gruesos perdigones. Un arma terrible a corta distancia, capaz de destrozar a un hombre.

La espectral claridad lunar que llegaba muy tamizada, les descubrió a los cuatro seres.

Los muertos de Theda estaban allí, caminando rectamente hacia ellos.

El terror los paralizó, pareció convertirlos en estatuas de piedra, carentes de sangre en sus venas. El fétido olor llegó hasta ellos.

—Burton Conger —exclamó Tony—. El muerto sacado por Theda de su tumba.

—Y el coronel Norman, el juez Dangler, mi antecesor en el cargo, y también el negrero Happy. ¡Dios mío! Están podridos, llenos de gusanos. Y se mueven, vienen a por nosotros. Es horrible.

El *sheriff* apretó el gatillo de su escopeta. Lo hizo de un modo instintivo.

La terrible descarga alcanzó de lleno a Burton Conger, que iba en cabeza del cuarteto.

Los perdigones taladraron su cuerpo y parte de su cara, se llevaron una oreja, llenaron su horrendo rostro de pequeños agujeros negruzcos. Se tambaleó un poco al recibir la descarga y siguió adelante, inconmovible.

—Pronto —gritó el juez, en el paroxismo del terror—. Huyamos de aquí. Son invencibles. Nada puede hacerlos detenerse.

Saltaron sobre los caballos. El *sheriff* espoleó a la montura, también muy excitada al olfatear su fino instinto la presencia de la muerte, el olor putrefacto, hediondo de la carne podrida y en pingajos.

Tony quedó solo, tardó más tiempo en reaccionar.

Sí. Era necesario huir de aquel horror. Pero no huir del bosque, sino de los muertos, para continuar buscando el refugio de Theda y libertar a Olympia.

Tomó las riendas y apoyó el pie en el estribo para izarse en la montura.

Una mano huesuda, de carne blanda, amorfa, lo tomó por un brazo y lo echó atrás.

Se vio frente al juez Dangler, horrendo con sus cuencas vacías, con los hoyuelos de los gusanos en el rostro.

El cadáver del coronel Norman se situó frente a él. Había desenvainado su sable de carga y se disponía a ensartarlo.

Tony lo eludió dificultosamente. La punta del sable rasgó su levita, se llevó un trozo de la tela.

Propinó un empellón al muerto purulento, sintió repugnancia al rozar con sus manos los pingajos de carne podrida adheridos a sus huesos.

El cadáver cayó hacia atrás y arrastró consigo al juez Dangler cuando éste alargaba sus manos para cerrarlas en la garganta del joven.

Los huesos produjeron chasquidos, los músculos crujieron de forma espeluznante.

Tony se abalanzó hacia el sable del coronel, que se había caído de la mano del muerto. Lo empuñó.

La empuñadura estaba fría, conservaba la gelidez húmeda de la mano del muerto.

Cuando se enderezó, el negrero Happy y Burton Conger atacaban.

Tony crispó las dos manos en la empuñadura del sable de caballería para dar mayor impulso, mayor fuerza a su golpe.

El filo del arma blanca cayó sobre el cuello del negrero Happy. Cuello huesudo, en un estado de putrefacción muy avanzado.

Se produjo un ruido erizante y la cabeza, una calavera recubierta de trocitos de carne podrida, cayó al suelo, quedó segada, separada del resto de aquel cuerpo horripilante.

El cadáver siguió avanzando. En el suelo, la horrible cabeza empezó a dar saltos, a moverse, siempre avanzando hacia Tony bajo el influjo de Theda. No había fuerza humana capaz de detener a los muertos salidos de sus tumbas por los poderes extraños de Theda. Eran insensibles a todo, excepto a las órdenes transmitidas. Estaban allí para matar a un hombre y ni las balas ni las armas blancas servían contra ellos. Las mutilaciones no les afectaban. Si perdían un miembro, continuaban adelante. Y el mismo miembro se movía, independiente del resto del cuerpo del que había sido arrancado.

Los dos cadáveres caídos se incorporaron para unirse a los otros y llevar adelante sus designios.

Tony comprendió que su salvación estaba en la huida, en eludir a esos monstruos implacables. No podía luchar contra ellos. Para dominarlos era necesario despedazarlos, cortar todos y cada uno de sus miembros. Y aun así, todas esas partes compuestas de huesos y carne podrida continuarían dotadas de movimiento, saltarían hacia él dominadas por el misterioso impulso.

Tony arrojó el sable contra Burton Conger, que se le había acercado mucho y empezaba a extender sus manos pálidas, cerúleas.

El sable penetró en el pecho del cadáver con aterradora suavidad. Una herida sin sangre, que se sumó a los boquetes producidos por la descarga de gruesos perdigones de la escopeta del *sheriff*.

El muerto siguió adelante. Al caminar, el sable se balanceaba arriba y abajo, acrecentaba el horror de la escena.

El joven giró en redondo, corrió a la orilla del río y se arrojó hacia el centro de la corriente.

Se dejó llevar por las aguas, se limitó a mantenerse a flote y esquivar las rocas puntiagudas que asomaban sobre la superficie y contra las que se estrellaba la corriente, lanzando oleadas de espuma.

Miró atrás.

Los muertos también se metían en el río. Pero ellos no nadaban. Caminaban por las aguas, detrás de él.

El cuerpo sin vida del coronel fue derribado por la corriente, que lo arrastró. Pero era lo mismo. El agua no afectaba a sus pulmones, faltos del aliento vital.

Los perdió de vista y salió a la orilla en un remanso, Se tendió sobre las hierbas de la orilla y meditó mientras recobraba el resuello.

Todo eso era espeluznante. No había más remedio que acabar con Theda para terminar también con ese horror desencadenado por la vieja del Bosque del Horror. Era la única solución y su mano no iba a temblar en ese instante supremo. Theda había ido demasiado lejos.

CAPÍTULO XI

Job Wharton dejó que su caballo marcase el paso. No había otro remedio que tener paciencia. El bosque era muy frondoso y una galopada rápida podía impedirle distinguir algún obstáculo y sufrir un accidente. Eso lo retrasaría mucho más y necesitaba llegar a tiempo.

No le sería difícil encontrar el refugio de Theda. Intuía que ésa iba a ser una noche decisiva en su vida. Tony Groover toparía con la muerte en el bosque. Entonces terminaría todo, dejaría de ser un obstáculo en su camino. Él salvaría a Olympia de las garras de Theda, aparecería como un héroe ante los ojos de la muchacha. Y Olympia acabaría amándolo, acabaría siendo suya.

Bueno. No estaba muy seguro de que fuese amor profundo lo que sentía por Olympia. La deseaba con todas sus fuerzas. De eso sí estaba seguro. Olympia era una mujer muy entera y para poseerla era necesario hacerla su esposa. Y la haría su esposa. Era una pasión que lo cegaba. Y esa pasión estaba acrecentada por su orgullo herido. Si Olympia lo hubiese aceptado desde el primer momento, acaso su interés por ella hubiese decrecido pronto también. Pero Olympia lo había despreciado para seguir los dictados de su corazón, había preferido a Tony Groover. No estaba acostumbrado a recibir negativas. Era un hombre poderoso y todos se doblegaban ante él. Los que no lo hacían de grado, eran obligados por la fuerza. Siempre acababa triunfando, imponiéndose a los demás. Y también quería imponerse a Olympia. Después…

El después lo marcarían los acontecimientos. Era posible que Olympia colmase su futuro. Y era posible que se cansase pronto de ella. Eso iba a depender de muchos factores imprevisibles.

También pensó en Theda, en la bruja maldita del Bosque del Horror. Esa mujer le daba miedo. No podía evitarlo. Era algo más fuerte que su propia voluntad. Pero había algo más con respecto a

la vieja bruja. Si Theda se lo proponía, podía tenerlo en sus manos, someterlo a chantaje a cambio de su silencio.

Después del secuestro de Olympia y de haber descubierto el robo del cadáver de Burton Conger, las autoridades la perseguirían, acusándola de practicar la brujería. Según las leyes, Theda podía ser condenada a muerte tras el examen de un tribunal religioso. Y si llegaba ese caso, Theda no caería sola, lo arrastraría a la perdición junto a ella. La vieja no dejaría de declarar todo lo ocurrido. Entonces, nada ni nadie podría salvarlo de un veredicto condenatorio.

Sí. No era la primera vez que esa idea rondaba su mente. Pero ahora, de pronto, se fijó en su cerebro de forma obsesionante. Tenía que matar a Theda. De esa forma acabaría todo. No le sería difícil sorprenderla. Llevaba consigo una pistola cargada. En realidad la había tomado con ese fin. Después de soltar a Olympia, la vieja fingiría ofrecer resistencia. Entonces la mataría de un disparo en la cabeza. Luego mataría a Zachary, a ese condenado contrahecho que habitaba con Theda en el bosque.

El caballo cabrioleó de pronto, amusgó las orejas, venteó el aire y emitió sordos relinchos.

Job oyó el murmullo del cercano riachuelo. Entonces sonrió, acarició el cuello de la montura y pronunció en voz alta, como si el animal pudiese entenderlo:

—Has olfateado el agua cuando tienes sed, ¿eh? Bien. Vamos allá.

Al llegar a la orilla del riachuelo, desmontó y dejó que el caballo se adelantase para beber.

El animal pisó el agua con sus cascos delanteros. Bebió, pero continuamente elevaba su cabeza y siguió emitiendo sus relinchos apagados, siguió mostrando desconfianza.

Job no le hizo caso. No comprendió que el caballo estaba olfateando a la muerte.

Cuando se disponía a tirar de las riendas para obligar al caballo a salir del agua, captó unos ruidos.

Prestó atención.

Pasos. Unas cuantas personas caminaban hacia el riachuelo, más concretamente hacia el lugar donde estaba él. Caminaban de un modo raro, asentando los pies de golpe a cada nuevo paso. La

hojarasca protestaba al ser hollada, emitía crujidos continuos, que resonaban como estampidos en el profundo silencio del bosque.

Aparecieron ante él.

A Job se le desorbitaron los ojos al ver aquellos cuatro seres de ultratumba avanzando por el bosque, rígidos los cuerpos, expeliendo un olor insoportable, mostrando todos los horrores de la muerte, del final de los humanos.

Burton Conger era el más entero de los cuatro, el menos descompuesto. Sin embargo, resultaba tan aterrador como el propio negrero Happy, sin cabeza. Aquel sable hundido en su pecho y balanceándose al compás de su paso era algo erizante, llevaba el frío a las entrañas.

Job exhaló algo muy parecido a un gemido de horror al ver la cabeza de Happy dando saltos en el suelo, siguiendo siempre el cuerpo del que había sido desprendida por un tajazo del sable del coronel Norman.

Sintió el deseo de montar en el caballo, hacerlo galopar alocadamente por el bosque, sin dirección fija, huyendo lejos de aquel horror.

Se contuvo.

La verdad se abrió paso en su mente. Lo entendió todo de súbito.

Aquéllos eran los *amigos* aludidos por Theda. Eran los encargados de cumplir la sentencia dictada por la vieja, para acabar con Tony Groover. Por eso Tony iba a sufrir el terror antes de morir.

Bien. De forma que era cierto lo que se decía de ella. Estaba dotada de poder para hacer levantar a los muertos de sus tumbas, para hacer que esos muertos obedeciesen sus órdenes. Por eso dijo de ellos que no sentían, que no oían ni veían.

No tenía nada que temer de esos cuatro cadáveres, aparte la natural repugnancia que le producían. Ellos buscaban a Tony. Acaso lo habían encontrado ya y regresaban junto a Theda. En ese caso, sólo tenía que seguirlos por el bosque para encontrar el refugio de la bruja.

Sin embargo…

Volvió el frío a sus entrañas. Un frío intenso, como el de la muerte.

Los *amigos* de Theda acudieron a la cabaña de los ovejeros en

busca de Tony Groover, para matarlo después de infundirle el terror. Pero en su lugar habían matado a Burton Conger, al que habían encontrado en la cabaña, al que había llevado allí su curiosidad por presenciar la muerte de Tony. Y Burton Conger estaba ahora entre los monstruosos *amigos* de la bruja. No veían, no oían, no sentían. Obedecían con esa fuerza misteriosa que los impulsaba a moverse, a ser inexorables, sin voluntad propia, sin alma, sin nada. Tenían órdenes de matar a un hombre. Sólo eso contaba para los muertos. Si habían encontrado ya a Tony y le habían dado muerte, él no corría ningún peligro. Pero si no habían dado con su rival…

Job giró en redondo, sacó al caballo del agua. Se movió febrilmente, acuciado por el miedo.

Una mano huesuda se apoyó en su hombro, le hizo volverse con brusquedad.

Miró aquel rostro horrendo del juez Dangler, miró las cuencas vacías, comidos los ojos por los gusanos. Miró los dientes, la mandíbula, que empezaba a colgar al ir perdiendo la carne y los músculos.

Job empuñó la pistola que llevaba introducida en el cinturón. Apoyó el cañón del arma en el vientre del cadáver.

—Atrás, monstruo —profirió en una voz que era un grito de terror, de pánico desbordado—. Atrás o disparo.

Las manos del juez empezaron a cerrarse en su garganta.

Era horrible el contacto gélido de aquellos dedos. Bajo la presión, la carne se quebraba, una carne blanda, putrefacta, que despedía un hedor asqueroso.

Apretó el gatillo.

La bala atravesó aquel cuerpo sin que se conmocionase lo más mínimo.

Job gritó, lo empujó con fuerza, pudo desprenderse de él.

Echó a correr, aterrado.

Sus pies se enredaron en una raíz que sobresalía de la superficie y cayó de bruces al suelo.

Burton Conger llegó el primero a su lado.

La cerúlea mano se cerró en la empuñadura del sable que atravesaba su pecho y tiró de él, lo sacó de su vaina de carne.

Job giró el cuerpo, se puso boca arriba, temblando, arrebatado

por el miedo.

Vio la punta del sable descender sobre su cuerpo.

Hizo un esguince, intentó eludirlo.

No pudo evitarlo. El sable atravesó su carne, perforó su estómago, se introdujo entre sus costillas y lo dejó clavado al suelo al meterse un palmo en la tierra.

Gimió fuertemente. No había fallado su intuición. La noche era decisiva para él, pero en un sentido diametralmente opuesto al que había imaginado.

El juez Dangler acudió junto a Burton Conger.

De pronto se inclinó, entre gemidos de sus músculos rígidos. Tomó una gruesa piedra y la elevó lentamente sobre su cabeza.

Job lo vio a través del velo rojizo que empañaba su mirada. Vio el rostro horrendo del cadáver, estático. Vio la piedra que se disponía a arrojar sobre su cabeza para rematarlo.

Los cadáveres no iban a cejar ya en el cumplimiento de la orden. Sólo se detendrían cuando él estuviese muerto, cuando fuese también un cadáver destrozado. Entonces se alejarían, volverían junto a Theda.

El juez soltó la piedra.

Antes de que cayese en su cabeza, la garganta de Job Wharton emitió un aullido infrahumano, un aullido de muerte, que repercutió por el bosque como algo vivo. El viento lo transportó a todas partes.

Las copas de los árboles se agitaron, como si ellos también sintiesen el horror del momento y quisieran huir de allí.

Cuando se extinguió el grito horrorizado de Job, el silencio fue absoluto, como algo tangible, provisto de solidez.

La huesuda mano de Dangler tiró del sable, lo sacó de la tierra y del cuerpo de Job Wharton, muerto, con la cabeza aplastada por el impacto de la piedra. La sangre manchaba la hierba en torno a su cabeza destrozada. Sangre salpicada de puntitos amarillentos de la masa encefálica.

CAPÍTULO XII

El aullido infrahumano de Job Wharton penetró en la cabaña de Theda.

Era horrible, expresaba de tal modo el terror de un ser humano al encontrarse con la muerte, que Olympia se puso en pie al tiempo que su cuerpo se sacudía en un espasmo.

La vieja Theda mostró sus encías rojizas y sus tres dientes cariados al sonreír.

—Ellos ya han cumplido su misión —dijo.

A continuación se cubrió el rostro con las manos huesudas, descarnadas, de piel arrugada y venas salientes. Cayó como en un éxtasis, pronunció sus palabras apagadas, incomprensibles.

Miró a Zachary y adujo:

—Ya está. Nos esperan junto al cadáver. Vamos, Zachary. Quiero ver a ese perro sarnoso muerto. Ésta es una gran noche.

Se volvió a Olympia para añadir:

—Tú te quedas, palomita. Pero no aquí, de donde podrías escapar fácilmente. Voy a encerrarte en el cobertizo. No debes temer nada ahora. Está vacío. Los inquilinos regresarán pronto. Entonces te sacaré. No quiero contrariar en eso a este imbécil de Zachary.

Olympia obedeció mansamente. El recuerdo del látigo, del furor infrahumano de Theda le impuso esa obediencia casi ciega.

Entró en el cobertizo y sintió como Theda colocaba la tranca para impedirla salir de allí.

Se fueron los dos, pronto dejó de oír sus pisadas en el claro.

No, no estaban allí aquellos horribles cadáveres putrefactos. Pero el olor hediondo permanecía como si formase parte de la misma atmósfera y nunca más pudiera disiparse.

Olympia se sintió desfallecer, como si hubiese perdido toda esperanza.

Hundió el rostro en sus manos y lloró mansamente, dejó que las lágrimas rodasen por sus mejillas y escurriesen por entre sus dedos.

* * *

Tony siguió avanzando entre los árboles.

Estaba desorientado, había perdido la noción del tiempo, del espacio.

Se alertó al sentir unos ruidos, adelante, entre el grupo de árboles que se alzaban unas yardas más allá. Identificó los golpecitos que resonaban espaciadamente. Un caballo. Sólo el casco herrado de un caballo podía emitir ese sonido.

Vio al animal y pronunció palabras suavemente para impedir que se espantase y emprendiese la huida.

Era su caballo. El animal se había alejado del río y pastaba tranquilamente.

Montó y miró al cielo, la posición de la luna y de las estrellas para orientarse. Una vez hecho esto, tiró de las riendas, impuso la dirección a seguir, pero dejando que el caballo marcase el paso, sin forzarlo. No podía saber cuánto tiempo tendría que permanecer en el bosque y no era prudente agotar pronto las fuerzas del animal.

Una hora después, se detuvo.

Sí. Era una luz aquello que había visto brillar entre los árboles. El rectángulo de una ventana iluminada. Y en el Bosque del Horror, eso quería decir el refugio de Theda. Sólo la vieja bruja se atrevía a morar en el bosque.

Avanzó despacio y desmontó al llegar al borde del claro. Miró la silueta de la tosca cabaña. También la del cobertizo, así como la leve claridad que escapaba por los huecos de su puerta, mal ensamblada.

Amarró el caballo a un árbol y avanzó.

El silencio era absoluto.

Tony oprimió sus labios hasta formar una fina línea. Un gesto de decisión invencible. Theda y Olympia debían estar allí dentro. También los cuatro horrendos muertos. Pero estaba dispuesto a enfrentarse a lo que fuera. Lo importante era salvar a Olympia, aunque fuese a costa de su propia vida.

Empujó la puerta y se asomó al interior de la cabaña.

Nadie. Ni rastro de Theda y los demás. El quinqué de queroseno estaba encendido, pero la cabaña completamente vacía.

Volvió a salir.

Escuchó.

No cabía duda. Eran gemidos lo que estaba oyendo. Gemidos que provenían del cobertizo.

Corrió allí y retiró la tranca.

Oyó la voz de Olympia:

—No, otra vez esos horribles cadáveres no.

—Olympia —exclamó.

El grito de alegría de la joven al reconocer su voz, lo emocionó. Expresaba una alegría tan intensa, un amor tan profundo, que Tony olvidó todos los horrores pasados.

Se fundieron en un estrecho abrazo, se besaron, se prodigaron las caricias, las frases encendidas.

—¿Qué te han hecho? —masculló él al ver la huella del latigazo en el hombro de la joven.

Se lo dijo todo, tal y como había sucedido desde que el cadáver de su tío Burton apareciese en el parque de la mansión.

Tony Groover también le explicó su terrible experiencia, sin omitir detalle alguno.

Reaccionó Tony al fin.

—Vamos, Olympia. Tenemos que irnos, alejarnos de este lugar maldito. Voy a llevarte a casa. Necesitas que cuiden de ti. Luego…

—¿Qué, Tony? Me das miedo. No quiero separarme de ti ni un solo instante. Nos casaremos cuando amanezca. No podría continuar viviendo ya sin tenerte a mi lado en todo instante.

—Te dejaré en casa, Olympia. Yo volveré al bosque en busca de Theda. Esa horrible mujer tiene que morir. Esto no puede continuar más tiempo. Estoy seguro de que Theda me odia, que desea mi muerte. Ahora empiezo a ver claramente las cosas. Tu tío Burton me citó en aquella cabaña de los ovejeros para llevarme a una trampa mortal. La trampa se volvió contra él. Y Theda ha vuelto a enviar a esos monstruos contra mí esta misma noche. Es como si de pronto hubiese descubierto que el mundo es muy pequeño para contenernos a los dos. Uno sobra y debe ser eliminado para que el otro pueda vivir tranquilo, consciente de que vive realmente.

Llevó a la joven hasta el caballo.

Cabalgaron. Y Olympia se volvió para dirigir una última mirada al claro, a la cabaña y al cobertizo donde había experimentado el mayor terror de su vida, donde había conocido todas las sensaciones escalofriantes del miedo inculcado por una fuerza misteriosa, desconocida.

Olympia sintió un inmenso alivio cuando dejaron atrás los últimos árboles del Bosque del Horror y salieron al terreno despejado, limpio.

Miraron el doble resplandor que simulaba una aurora boreal en la distancia.

—¿Qué puede ser eso? —comentó Olympia.

—Incendios. Y muy violentos. Sólo el fuego puede producir ese resplandor que vemos. Dos incendios, posiblemente en dos plantaciones.

Tembló la mano de Olympia al apoyarse en la de Tony, que llevaba las riendas y rodeaba con sus brazos la cintura de la joven, que ocupaba la silla de la montura mientras él iba inmediatamente detrás.

—Parece que es mi plantación —dijo—. Fíjate bien en la posición.

—Sí, creo que tienes razón.

—¿Y ese otro incendio?

—Me parece que se ha producido en la plantación de Job Wharton. La posición y la distancia dicen eso.

—¿Qué ha podido pasar? ¿Crees que Theda…?

—No lo sé. Vamos allá. Es la mejor forma de averiguarlo.

Al ganar la cima de la colina pudieron ver el incendio en toda su magnitud. El fuego había convertido la mansión en una imponente hoguera. Brotaban las llamas por todos los huecos, formaban largas lenguas, que brotaban y se encogían bajo el impulso del viento. Un humo negro y espeso se elevaba al espacio formando una densa columna. El fuego consumía también el algodón sembrado en el campo, florecido ya.

Vieron la gruesa silueta que corría a su encuentro cuando desmontaron.

Era Tabita.

La esclava cayó de rodillas, elevó sus manos entrelazadas, como

si implorase piedad. Sudaba copiosamente y su voz tenía una rara entonación:

—He cumplido su orden, señor Groover. No me he movido de aquí, esperando el regreso de Olympia y el suyo. Por nada del mundo me hubiese apartado de mi deber.

Tony la obligó a levantarse y Olympia le pasó la mano por la espalda, trató de tranquilizarla.

—¿Qué ha pasado, Tabita? ¿Cómo se ha producido el incendio?

—Han sido ellos, ama Olympia.

—¿Los muertos?

—No. Mis hermanos de raza. Parecían haberse vuelto locos. El hechicero habló con los espíritus. Le revelaron que los muertos iban a salir de sus tumbas. Se lo dije así al señor Groover. Todos aseguraron que los muertos estaban a su favor, que era una ocasión única para ser libres, para romper sus cadenas, para huir hacia el interior del país en busca de una vida mejor y más digna. Empezaron a quemar la plantación. Luego vinieron a la casa. Me obligaron a abandonarla y le prendieron fuego. Estaban como ebrios.

Llegaban jinetes.

El juez de Wat Rouge iba a la cabeza de un grupo compuesto por el *sheriff* y cuatro hombres más. Los dos representantes de la autoridad llevaban impresas en sus rostros las huellas de la terrible impresión vivida en el bosque unas horas antes. Pero ahora parecían más decididos, dispuestos a la lucha.

CAPÍTULO XIII

Theda y Zachary avanzaron aprisa, en línea recta al lugar donde se encontraban los monstruosos seres y su víctima.

La vieja rebosaba de satisfacción. La muerte de Tony Groover le producía una inmensa alegría íntima. Esa alegría se traducía en el brío de su paso. Zachary tenía que darse prisa para poder caminar emparejado con ella. Las piernas cortas y torcidas del contrahecho se movían rápidamente. Zachary miraba de soslayo a Theda cada vez que ésta emitía una risita seca y siniestra. Y la emitía cada vez que pensaba en ver a Tony Groover muerto y preparado para ser convertido en otro de sus horrendos esclavos.

Sí. Tony sería eso, un esclavo suyo. Él destrozaría la tumba de sus padres para mayor escarnio. Así, el viejo Groover no podría encontrar el descanso.

Vieron a los cuatro monstruos. Estaban inmóviles junto al cuerpo tendido en el suelo, con la cabeza y el pecho atravesado por la herida del sable del coronel Norman.

—¡Vaya! —exclamó Theda—. Al zorro de Happy le han cortado la cabeza. Tendré que prescindir de él. Lo sustituiré por Tony. Lo tendré a mi lado hasta que se pudra del todo, hasta que sus huesos se caigan.

Miró el cadáver.

Se acabó su satisfacción, su alegría macabra. Reconoció a Job Wharton en aquel cuerpo de cabeza destrozada.

—¡Malditos! —gruñó, fuera de sí—. Mil veces malditos idiotas. Otra vez se han equivocado. Mira sus ropas. Están mojadas. Tony se les ha escapado. Han encontrado a Job y lo han matado.

Zachary estalló en sonoras carcajadas. Era la suya una risa zahiriente, sarcástica hasta el paroxismo. El jorobado encontraba divertido lo sucedido y lo manifestaba de esa forma ruidosa, riendo a mandíbula batiente y dando palmadas de contento.

—¡No te rías! —estalló Theda.

Zachary cortó en seco su risa. Miró el rostro de la vieja. Estaba enfurecida, fuera de sí, como si la locura de su mente fuese absoluta, sin control.

—Tengo derecho a reírme —susurró el jorobado—. Tú te reías al pensar en la muerte de Tony Groover. Yo me río al ver muerto a este canalla de Job Wharton.

—Tú no tienes derecho a nada, engendro. Si continúas burlándote de esto, te juro que echaré contra ti a los muertos.

Zachary se encogió sobre sí mismo ante aquella amenaza. No volvió a exteriorizar su alegría al darse cuenta de que Theda estaba decidida a llevar adelante su amenaza.

La vieja fue calmándose poco a poco. Dejó de gruñir, y su semblante, su rostro arrugado, suavizó la anterior expresión de furia inaudita.

—Esto no ha terminado aún —dijo—. Tony Groover no ha triunfado. Las espadas están en alto. Ese perro sarnoso ha escapado de las garras de mis muchachos. Pero no ha logrado su objetivo. Olympia continúa estando en mi poder. Tony no cejará hasta haberla encontrado. Es un tipo muy tenaz. Como lo fue su padre. Volvamos a nuestra cabaña. Tarde o temprano, Tony aparecerá por allí. Entonces será mío. Apártate a un lado, engendro.

Zachary obedeció sin rechistar.

Theda se arrodilló en el suelo, inclinó el busto, ocultó la cara entre sus manos, sarmentosas, de uñas largas y sucias. Inició aquellas extrañas palabras, que acompañaba de signos cabalísticos, de gestos efectuados con sus hombros, con todos sus miembros.

De pronto, el cadáver decapitado del negrero Happy se desplomó. Rebotó contra el suelo y su tibia izquierda se quebró al carecer del apoyo de los músculos y de la carne, que colgaba en jirones, putrefacta.

En su lugar, el cadáver de Job Wharton empezó a moverse. Apoyó sus manos en el suelo y se incorporó. Su frente era un amasijo de huesos, masa encefálica y sangre. Apenas podían verse sus ojos, desorbitados. El resto de su cara mantenía impreso de forma indeleble aquel último gesto suyo de terror ante la muerte brutal que se le había ido encima.

Theda musitó palabras ininteligibles para un profano y los

cuatro cadáveres se pusieron en movimiento, caminaron por el bosque, retornando a la cabaña y al cobertizo.

Apareció un fulgor en las pupilas de Theda al salir al claro y ver abierta de par en par la puerta del cobertizo en el que había dejado encerrada a Olympia.

Corrió allí y examinó el interior. Luego hizo lo mismo en la cabaña.

—Olympia ha huido —masculló.

Zachary se abstuvo de exteriorizar su satisfacción. Podía resultar peligroso. No tenía ningún poder sobre los muertos. Theda no le había revelado su secreto, aprendido en la India y en África. Y estaba otra vez fuera de sí. No le seducía la idea de que Theda cumpliese la amenaza proferida en el bosque. Se había acostumbrado, en cierto modo, a ver los cadáveres, pero siempre le imponían cuando los veía moverse, actuar bajo las órdenes de la vieja.

Theda se echó al suelo, olfateó la tierra junto a la entrada del cobertizo.

Se puso en pie unos minutos más tarde y miró fijamente al jorobado al pronunciar:

—No se ha escapado sola. No hubiese podido salir del cobertizo por sus propios medios. Por un momento he temido que hubiese llegado un grupo de gente a mi cabaña. Hombres de Wat Rouge. Pero es la obra de un hombre solo, de Tony Groover.

Elevó el puño en señal de amenaza al tiempo de proferir:

—No, Tony Groover, te equivocas si crees que me has vencido por eludir la muerte y llevarte a Olympia. Con esto sólo has conseguido perder a la mujer que amas. Vais a morir los dos. Así obtendré una doble venganza. Venganza contra ti, por lo que hizo tu padre. Venganza contra Olympia por ser una mujer hermosa. Yo destruiré esa belleza y será un ser mucho más repugnante que yo.

Los muertos empezaron a moverse y se internaron en el bosque, en línea recta a la plantación de Olympia Hoopes.

CAPÍTULO XIV

Desmontó el juez mientras sus acompañantes continuaban sobre sus caballos.

—Celebro verle de nuevo, Tony. El *sheriff* y yo hemos estado temiendo que esos engendros del infierno le hubieran alcanzado.

—Pude escapar de ellos a través del río. ¿Ha venido aquí para comprobar eso?

—No. Han ocurrido otras cosas. Los esclavos de Olympia y los de la plantación de Job Wharton, se han escapado. Huyen hacia el oeste. Son tierras salvajes. Si no les damos alcance, jamás podrán ser encontrados.

—Sabemos eso —terció Olympia—. Tabita nos lo ha dicho.

—Bien. En la plantación de Wharton han matado a dos de los guardias armados. Los otros han podido huir, heridos algunos de ellos. Fue como una tromba humana desencadenada de pronto. Tres negros murieron bajo los disparos de los guardias, que pensaron contenerlos disparando contra ellos. Pero todo ha sido inútil.

El rostro de Olympia había adquirido una seriedad impresionante mientras escuchaba al juez de Wat Rouge. Sus ojos brillaban de un modo especial y aleteaba su nariz al respirar, como cuando se ha tomado una decisión que puede tener trascendencia durante toda una vida.

—¿Y bien? —preguntó en un tono tenso.

—Pues… Bueno. Estamos organizando un grupo armado para perseguir a los esclavos negros y hacerles regresar. Sé que esto va a hacer correr la sangre por los dos lados, pero no queda otro remedio. Esos malditos esclavos no han dejado otra opción. Contamos con usted, Groover. Se está avisando a todas las haciendas para que acuda la gente armada. Todos los hombres de Wat Rouge están en pie de guerra.

La risita de Tony Groover brotó impregnada de sutil sarcasmo.

—Esto es muy distinto a lo otro, ¿eh, juez? Cuando pedí ayuda para salvar a Olympia de las garras de Theda, nadie se ofreció. Ustedes dos vinieron porque no tuvieron otro remedio. Ahora, todos se ofrecen. Van a poder disparar a mansalva contra los esclavos. Eso es mucho más divertido que lo otro. ¿Y si los esclavos se han internado en el Bosque del Horror? Seguro que a más de cuatro se les aflojarán las tripas entonces.

El juez pasó por alto el sarcasmo.

—Cuento con usted, Groover. Tiene que venir.

—Desde luego. Pero conste que lo hago obligado por las circunstancias. No espere en mí mucho entusiasmo.

Olympia se adelantó, situándose entre Tony y el juez.

—Tony no va a ir a cazar esclavos —pronunció.

Todas las miradas convergieron en ella, en su rostro arrebolado.

—¿Qué…, qué quiere insinuar?

—¿Insinuar? Creo haber hablado claro. He dicho que Tony se queda aquí, no los acompaña para perseguir a los esclavos. Renuncio a ellos, no quiero poseerlos.

—No existe ninguna razón que pueda hacerla renunciar a la posesión de sus esclavos, Olympia. Fueron comprados por su padre. Le pertenecen, como le pertenece la tierra de su hacienda.

—Sí existe una razón. Son hombres. Como ustedes. Su piel tiene otro color, pero no se diferencian en ninguna otra cosa. Ellos aman, sienten, sufren. Desean ser libres y tienen derecho a esa libertad que se les niega injustamente.

La sorpresa pareció paralizarlos a todos.

El juez acertó a salir de su estupor.

—Usted sustenta una idea equivocada, señorita Olympia. No son hombres como nosotros, son esclavos, como perros amaestrados. Cuando no obedecen, es necesario usar el látigo con ellos.

—Es cuestión de criterio, ya lo veo. Bien. Les prohíbo perseguir a mis esclavos. Si tengo un derecho para usar el látigo con ellos, también lo tengo para concederles la libertad.

Denegó el juez.

—Otra vez se equivoca, señorita Olympia. Puede tomarlos o dejarlos. Está en su derecho. Pero eso no les exime de su condición de esclavos. Es la ley. Esa ley nos obliga a perseguirlos y capturarlos. A matarlos si oponen resistencia. Si los capturamos y

usted no los quiere, si renuncia a su posesión, serán vendidos al mejor postor por las autoridades.

Olympia guardó un corto silencio, que rompió prorrumpiendo en una seca risa cargada de ironía.

—Está bien. No puedo nada contra esas leyes impuestas por otros hombres. Pero tengo una esperanza, bien fundada. No podrán hacer nada. Es posible que alcancen a los fugitivos, pero no podrán dominarlos. Necesitarían todo un ejército para vencerles. Son demasiados y la desesperación y el amor a la libertad les mueve. Tendrán que retroceder. Ellos tienen la razón y están dispuestos a defenderla con uñas y dientes.

Los acompañantes del juez no intervinieron en la discusión entablada. Sin embargo, sus miradas reflejaban fielmente sus estados de ánimo. Todos consideraban que Olympia estaba profiriendo auténticas blasfemias al defender la postura de los esclavos.

El juez alzó las manos al tiempo de decir:

—Está bien. Quiero ser imparcial porque me hago cargo de todo. Por eso no voy a tener en cuenta sus palabras. Considero que lo que ha ocurrido esta noche la ha trastornado. Ha estado en poder de Theda y conozco ya los métodos de esa maldita bruja. Por eso prefiero pensar que obra bajo una alucinación, que su mente no puede coordinar bien las ideas con la realidad. Buenas noches.

Partieron al galope, en busca de otros hombres que se sumasen al grupo a lanzarse en persecución de los esclavos huidos, hombres dispuestos a incrementarse a la excitante caza del hombre.

Tony pasó su brazo sobre los hombros de la joven Se los oprimió en señal de adhesión.

—Bien hablado, Olympia. No me gustan esos tipos Se crecen ante esos seres desgraciados y se achican ante un peligro real y misterioso.

Olympia acarició la mano de su prometido.

—Estoy segura de que no podrán encontrarlos, de que todos se salvarán en las tierras libres, más al oeste.

—Yo también creo que serán así las cosas, Olympia. Sin embargo, esos esclavos son la única esperanza de poder levantar la casa y la plantación que ellos han destruido. Sin esa ayuda, no podrás hacer nada. El fuego lo destruye todo.

Olympia giró en redondo para situarse frente al joven, muy juntos, de forma que sus alientos se confundieron.

Su rostro continuaba arrebolado, de acuerdo con sus pensamientos, con su forma de ver y de sentir las cosas.

—No quiero hacer nada para salvar la casa y la plantación, Tony —dijo.

Se miró en sus hermosas pupilas. Extrañado por aquellas palabras.

—Pero… Bueno. Siempre había creído que todo esto significaba mucho para ti. Incluso tuve miedo en algunas ocasiones. Miedo a que todo esto supusiera ante ti más que nuestro amor. Miedo a que llegases a sacrificar nuestros sentimientos a cambio de… Creo que me entiendes.

—Sí, Tony, te entiendo. Y tienes razón. Yo también he llegado a sentir miedo de que ocurriese eso. Nunca habíamos hablado de esa parte íntima de nuestro ser. Y hay una historia que contar respecto a todo esto.

—Bien. Espero tus palabras, Olympia.

Ella tardó un rato en volver a hablar:

—Mi madre fue muy desgraciada aquí. Fue obligada por la fuerza a casarse con mi padre. Amaba a otro hombre. No encontró el menor apoyo. Para papá, la plantación era lo primero. Después, él mismo. Era un perfecto egoísta. Más lejos estaba mi madre. Esto valía más para él que las personas. Se sentía muy orgulloso de ser el propietario de las tierras y la casa. Y cuando murió, me pidió que luchase hasta el fin para conservar la plantación. No prometí nada, no me atreví a hacerlo, porque en el fondo odiaba todo esto. Pero luego, al recordar ese momento, me sentía ligada a la petición de mi padre en su lecho de muerte, como si realmente hubiese formulado la promesa.

Guardó un corto silencio antes de añadir:

—La plantación está hipotecada. Lo hizo tío Burton, sin consultarme nada. Job Wharton tiene esa hipoteca. Y es una carga muy pesada. ¿Sabes? Después de morir tío Burton, Job estuvo aquí. Me ofreció todo a cambio de aceptarle como esposo. Recordó a mi padre. Recordó lo que sentía por esto, lo que debía hacer por él, por su memoria. Estuve a punto de renunciar a nuestro amor. Hubiese sido horrible. Y continuar aquí, luchando para sacar adelante la

plantación y la casa, sería esclavizarnos para siempre a un simple objeto. Quiero que me lleves lejos de aquí. Ya hemos hablado de eso. Quiero ir a Texas, olvidarlo todo y emprender una nueva vida.

Tony la estrechó entre sus brazos. Besó su frente, sus cabellos…

—Tienes razón, Olympia.

—Mi padre fue un egoísta, quiso atarme a algo que él amaba más que a todos los seres que le rodeaban. Equivocó el camino. Y yo no quiero seguir ese mismo camino. Yo quiero ser feliz de otro modo, a tu lado y con tu amor. Al quedar esto destruido por el fuego, es como si también se destruyese esa promesa, ese deseo de cumplir su última petición.

—Escucha, Olympia. Si emprendemos pronto el camino, podemos llegar a Tuskegee antes de que amanezca. A media mañana sale un tren para Houston. Iremos en ese tren. Empezaremos de nuevo.

Olympia se separó de Tony. Apoyó su mano en el hombro de la sirvienta negra.

—Vete con los tuyos, Tabita. Puedes alcanzarlos. En el antiguo prado debe haber quedado algún caballo. Alcánzalos y diles lo que preparan el juez y los demás. Eso puede servirles de mucho. Diles también que les deseo que encuentren su libertad y que tienen mi bendición.

Tabita quiso besar la mano de la joven, pero ésta se lo impidió.

—No, Tabita. No merece la pena. Ellos deben ser libres como los hizo la naturaleza.

Se fue la negra.

Unos minutos más tarde oyeron el galope del caballo. Entonces se dispusieron a montar ellos para ir a Tuskegee.

En ese instante oyeron la risa burlona, siniestra de Theda.

Miraron allí.

El resplandor del incendio iluminaba de un modo dantesco al macabro grupo que llegaba. Theda, Zachary y los cuatro cadáveres que se movían bajo el misterioso poder de la vieja. El negrero Happy, decapitado, no estaba allí. Su lugar lo ocupaba Job Wharton, con su cabeza machacada, horrenda, irreal.

CAPÍTULO XV

Palidecieron. Todos los planes parecían quedar truncados con esa terrorífica aparición.

Reaccionó Tony.

—A caballo, pronto. Siento no tener a mano una pistola. Sería el final de Theda y de todo este horror que ella ha desatado.

Montaron en el caballo. Tony lo espoleó y galoparon. Se alejaron de la vieja del Bosque del Horror.

Cruzaron cerca de la casa en llamas, convertida en una imponente hoguera.

La techumbre había empezado a derrumbarse y al caer al interior producía un vacío y saltaban al aire las cenizas al rojo vivo, el humo, las chispas, como si se tratase de una erupción volcánica.

El calor les alcanzó, pero no les contuvo. Tony dominó al caballo con mano firme y dejaron atrás la casa incendiada.

Se produjo un ruido sordo, seguido de un estrépito prolongado al derrumbarse tres de sus paredes.

La mansión de los Hoopes quedaba destruida, lo mismo que la plantación.

Les persiguió la risa de Theda. Una risa triunfal, como si tuviese la completa seguridad de imponer su voluntad y su fuerza.

El caballo tropezó de pronto, tropezaron sus patas delanteras en un obstáculo del suelo y cayó hacia delante, arrojando a sus jinetes.

Olympia y Tony salieron despedidos, cayeron al suelo, rodaron por la tierra.

Olympia se golpeó la cabeza contra una piedra, quedó conmocionada, al borde de la inconsciencia.

Se incorporó Tony, apresuradamente, sintiendo el peligro que les rondaba.

Acarició las mejillas de la joven.

—¿Te duele mucho el golpe, Olympia?

—No. Me siento un poco mareada, pero creo que pasará pronto.

La tomó en sus brazos.

Tony hizo una mueca de contrariedad al percatarse de que el caballo se había quebrado una de sus patas. El animal renqueaba, emitía sordos relinchos de dolor, de impaciencia.

—Mala suerte —masculló.

—Y en un momento muy oportuno. Parece como si la maldición de Theda hubiese influido también en esto.

—Sí, Olympia. Esa horrible mujer…

Siguió adelante y Olympia, repuesta ya del golpe y de la conmoción, le pidió que la dejase en el suelo.

La joven estaba dominada por una prisa febril. Temía ser alcanzada por Theda y los horrendos cadáveres que la seguían. Por eso invitaba a Tony a correr, a alejarse de aquellos lugares.

El resplandor del incendio que consumía la propiedad de los Hoopes había quedado atrás, y Theda también. Allí las tinieblas sólo eran vencidas en parte por la claridad del astro nocturno, espectral.

Cogidos de la mano, fueron salvando los obstáculos naturales del terreno. Acequias, vaguadas, altozanos…

Frenaron en seco su marcha al ver aparecer delante de ellos, de pronto, a la bruja Theda. Zachary iba con ella, unos pasos más atrás. Al lado de la vieja, el horrible cadáver de Burton Conger, acribillado por la descarga de perdigones de la escopeta del *sheriff* y con aquella herida de sable en su pecho.

Se miraron intensamente.

Habían perdido un tiempo precioso al caer del caballo. Eso había permitido que Theda los atajase, que les saliese ahora al encuentro para cortarles el paso.

Olympia dejó que su garganta dejase escapar el sollozo que le quemaba el pecho. Luego pronunció:

—Apártese, Theda. No tiene nada contra nosotros, no le hemos hecho nunca ningún daño. ¿Por qué nos persigue con tanta saña?

El tono suplicante de la joven satisfizo a la vieja, la hizo proferir aquella erizante risita suya, demoníaca, cargada de tonalidades siniestras.

—Eres ingenua en el fondo, Olympia Hoopes —replicó—. Y eso es muy raro en una mujer hermosa. Tengo motivos para hacer esto.

—¿Cuáles?

—La venganza. Venganza contra Tony Groover. Venganza sangrienta, implacable.

Tony y Olympia se miraron, extrañados, sin comprender el alcance de las palabras de Theda, pronunciadas con un odio infinito.

—Tony no le ha hecho nada. Usted quiso matarlo. Se ha limitado a defenderse de sus asechanzas. Se ha limitado a sacarme de su horrible cobertizo de muerte.

Otra vez la risita de Theda se elevó en el espacio como una cosa dotada de vida propia. Risa escalofriante la suya, tan escalofriante como la visión de sus cadáveres convertidlos en objetos movientes, en horrendos seres dotados de vida radicada en otra persona, sin sentimiento, sin alma.

—Eso es lo que piensas, ¿eh? —gruñó Theda—. Pues vas a saber la verdad. Entonces comprenderás por qué quiero vengarme, por qué quiero la muerte de Tony Groover. Su muerte y su conversión en aliado mío, como Burton Conger, como Job Wharton y los demás.

Guardó un largo silencio, expectante, antes de reanudar sus palabras, que brotaban de sus labios como impregnadas de un veneno sutil:

—Me ves convertida en una vieja sucia y desgreñada, repugnante para ti. Sin embargo, en otros tiempos fui una mujer joven y bonita, asediada por los hombres. Sólo en una cosa era diferente a ti. Mi padre era un pobre granjero, que no tenía dónde caerse muerto. Eso hacía que los hombres ricos, los hombres de posición me asediasen sólo por deseos, sin querer romper las barreras impuestas por las condiciones sociales.

Nuevo silencio antes de añadir:

—El padre de Tony me amó. Fue lo suficiente astuto para hacerme creer que estaba dispuesto a romper todas esas barreras y hacerme su esposa. Los dos… Bueno. Tuve un hijo suyo. Cuando faltaba poco para que naciese el niño, me envió a Europa. Dijo que se reuniría allí conmigo. Si nos gustaba aquello, nos quedaríamos allí para siempre. Vendería todo cuanto tenía y estableceríamos nuestro hogar en la vieja Europa. En caso contrario, viviríamos allí una temporada y regresaríamos. Para entonces todo se habría normalizado. Fui allí y esperé en vano. Y un día recibí una carta

suya. Se había casado con otra mujer de su clase. Lo nuestro había sido una aventura. Lo lamentaba. Había llegado demasiado lejos sin proponérselo. Me envió un dinero para nuestro hijo y eso fue todo por su parte. Sólo contaba él. Yo no importaba para nada. No tenía otro remedio que conformarme.

Temblaron sus flacos labios antes de que continuase diciendo:

—Le odié con todas mis fuerzas. Y juré que algún día le haría pagar ese cruel desengaño sufrido por su culpa, le haría pagar caro su desprecio. Cuidé de nuestro hijo y me propuse inculcar en él la idea de la venganza contra Groover. Pero el niño enfermó y murió una noche, consumido por la fiebre. Lloré su muerte, la muerte del pequeño ser, que era el recuerdo vivo de mi pasado, tan querido y tan aborrecido al mismo tiempo. Entonces fui a la India. Allí me transmitieron estos poderes para sacar a los muertos de sus tumbas, para hacerlos esclavos míos. En África perfeccioné mis conocimientos quirománticos. El clima me hizo envejecer prematuramente. El clima y el descuido personal. Bien. Un día encontré a un niño, abandonado por una prostituta, que quería librarse de una carga. Lo recogí, quise hacerme creer a mí misma que era como el niño que yo había perdido. Ese niño enfermó y la enfermedad dejó secuelas en su cuerpo. Ya lo veis. Es Zachary. Los médicos dijeron que era tuberculosis en los huesos. Mejor hubiese muerto. Pero él vivió. Y aquí está, contrahecho, deforme. Lo conservé a mi lado, pero ya no fue lo mismo.

Nueva pausa para recobrar el resuello:

—Siempre deseé vengarme. Y siempre postergué mi venganza, quizá porque pensé que debía proyectarla contra el hombre que me había despreciado, y ese hombre había muerto cuando regresé a Estados Unidos. Pero luego, al proponerme Job Wharton matar a Tony Groover, comprendí que la venganza también puede transmitirse a otros seres de la misma sangre, como igualmente se transmite una herencia. Quise matar a Tony Groover, sacarlo después de su tumba y hacer que sacudiese los huesos de su padre, que aventase sus restos putrefactos.

Olympia se apretujó contra Tony, sobrecogida por el tono de Theda, por todo aquello que revelaban sus palabras, por su odio, su rencor inexorable, su locura. Porque la mente de Theda estaba trastornada, el germen de la locura había penetrado en su cerebro y

la impelía a llevar adelante todos los horrores que estaba cometiendo.

—¿Dice que Job Wharton le pidió que matase a Tony? —preguntó tímidamente.

—Claro que sí. Y tu tío Burton accedió a secundarlo para obligarte a casarte con Job. Muerto Tony, pensó que no sería difícil conseguir eso. Pero ese imbécil fue al lugar de la cita para comprobar la muerte de Tony, y se encontró él mismo con la muerte. A Job le ocurrió igual. Quiso llegar el primero, hacer como que te salvaba de mis garras, para que te inclinases a su favor. En el bosque topó con mis muchachos, que buscaban a Tony.

La mirada de Olympia se desvió del rostro apergaminado de Theda para fijarse en su tío Burton, en aquel rostro de mueca horrenda, estática, rígida.

De forma que tío Burton no se había limitado a hipotecar la plantación y la casa, a jugar con su dinero en busca de un provecho personal. Para paliar sus deudas irregulares, había proyectado la muerte de Tony, del hombre que amaba, con objeto de empujarla a los brazos de Job, patrocinador del plan siniestro.

—Pensar que tío Burton… —empezó a decir en un tono susurrante.

—No pienses más en eso, Olympia —la atajó Tony—. Es agua pasada. Eso ya ha terminado. Lo importante es acabar con esta horrible pesadilla, huir de aquí, hacia nuestra felicidad.

Theda oyó sus palabras. Emitió una sonora carcajada de burla, hizo una señal apenas perceptible, y en respuesta a ella, Burton Conger, el terrorífico cadáver, inició su avance hacia los dos jóvenes.

Retrocedieron. Y dejaron de hacerlo al percatarse de que el cadáver del coronel Norman aparecía súbitamente a sus espaldas, despidiendo el apestante olor a carne podrida y empuñando su sable de carga.

CAPÍTULO XVI

Por la derecha vieron avanzar el cuerpo del juez Dangler. Cuencas vacías, dientes al descubierto, jirones de carne putrefacta adherida a los huesos.

Por la izquierda, Job Wharton. Su cabeza destrozada por la piedra, ensangrentada, aplastada su masa encefálica, que asomaba, amarillenta, grisácea. La sangre coagulada manchaba sus ropas, formaba un plastón en el pecho, donde el sable del coronel había mordido carne.

Estaban rodeados, no había escapatoria para ellos, se encontraban dentro de una trampa mortal.

Tony oprimió a Olympia entre sus brazos, musitó palabras en su oído para infundirle ánimo, para que no se dejase vencer por el terror, que ya empezaba a apoderarse de ella, a envolverla como un manto frío y sutil, invisible, pero real.

—Estáis en mi poder —mascculló la vieja—. Vais a morir. Amas mucho a Olympia. De otro modo no hubieses corrido riesgos para salvarla. De no haber amado tanto, hubieras huido del bosque después de haber visto a mis muchachos. Sólo el amor ha podido hacerte vencer al miedo.

—¿Qué te propones, engendro? —pronunció Tony.

—Matar a Olympia primero. De esa forma sufrirás mucho más. La amas. Te retorcerás de dolor cuando veas cómo va terminando a manos de mis muchachos. Ese dolor te hará pensar en lo que sentí yo cuando me enteré del desprecio de tu padre.

Zachary, que se mantenía atrás, se situó al lado de Theda, le oprimió el brazo con sus manos callosas, deformadas.

—No, Theda —suplicó—. No mates a Olympia. Hazlo por mí.

—No seas idiota, Zachary. No tengo nada que hacer por ti. Nada te debo. Al contrario. Eres tú el que me debe mucho a mí. De no haberte recogido del arroyo, hubieses muerto entonces.

—Quizá hubiese sido lo mejor. Por lo menos no hubiese llegado a ver esto.

Le rechazó, le propinó un empellón. Zachary trastabilló y cayó al suelo.

—Eres un imbécil sentimental, Zachary. Así no llegarás a ninguna parte. Olympia tiene que morir. Está decidido. Quiero ver a Tony, a ese hijo de perra, retorcerse de dolor, ese mismo dolor que experimenté yo mientras esperaba inútilmente. Luego le tocará a él. Llegará el terror para él. Y el final.

Movió su mano derecha y pronunció:

—Adelante, coronel Norman. Olympia es su presa.

El cadáver, uniformado de gris, avanzó hacia los dos jóvenes. Sus pasos fueron rítmicos, decididos, con ese siniestro crujido de los músculos sin vida, endurecidos y rígidos por la muerte.

Tony cubrió el cuerpo de Olympia con el suyo.

Entonces avanzó Burton por detrás. Sus manos gélidas atraparon al joven, lo apartaron de la muchacha.

Fue inútil el forcejeo del joven. Los brazos de Burton, del cadáver acribillado, le rodeaban con fuerza invencible, le impedían moverse, luchar con ventaja.

—¡Olympia!

El grito salió desgarrado de su garganta. El dolor vaticinado por Theda empezaba ya ante la impotencia y el horror.

La joven no tuvo fuerzas para moverse. Permaneció enhiesta, rígida, inmóvil. Cerró los ojos para no ver el horrendo rostro de su verdugo, esperó la muerte, dominada por el fatalismo.

La punta del sable de caballería, manchada de sangre seca, se acercó a su vientre.

Zachary masculló sordas maldiciones, su rostro pareció transfigurarse. De pronto echó a correr hacia el centro del círculo fatal.

Cuando el cadáver del coronel lanzaba el sable hacia delante, Zachary dio un salto y se puso delante de Olympia.

La hoja de acero penetró suavemente en el pecho de Zachary. Brotó la sangre, manchó las ropas, el cuerpo del jorobado.

Zachary se movió, trastabillando. Entonces se llevó el sable clavado en el cuerpo, lo arrancó de la mano purulenta del cadáver.

—Imbécil —estalló Theda—. Maldito idiota. ¿Qué te propones

con esto? Si quieres morir por esa mujer, muere de una vez, engendro. Pero no pienses que vas a detenerme. Olympia te acompañará en tu viaje a la eternidad. Si es eso lo que buscas, lo has encontrado.

El cadáver del coronel efectuó un giro y se encaminó hacia Tony, al que retenían los brazos de Burton Conger.

Cuando alargó sus huesudas manos hacia la garganta del joven, éste cargó su espalda contra Burton, elevó sus piernas y las proyectó contra el cadáver que llegaba.

El cuerpo del coronel cayó de espaldas, no resistió el envite. Pero seguidamente, sin la menor queja, sin la menor conmoción, volvió a ponerse en pie.

Theda movió sus manos, pronunció aquellas palabras suyas, ininteligibles para los profanos.

En este instante, aprovechando que el cadáver de Burton se tambaleó después de haber ejercido aquella presión sobre él, Tony hizo un esguince violento y pudo librarse de sus brazos. Le propinó un empellón y lo hizo caer de espaldas.

El cuerpo rígido de Burton Conger rebotó en el suelo y volvió a incorporarse.

Olympia y el joven se unieron cuando ya los cuatro engendros salidos de sus tumbas estrechaban el círculo, avanzaban hacia ellos, formaban como una barrera infranqueable.

Tony venció su repugnancia, les hizo frente.

Su puño se estrelló una y otra vez contra el mentón de Job Wharton.

El muerto recibió los golpes sin conmoverse. Se detenía durante un instante, para continuar después su inexorable avance.

El terror dominó a Olympia por entero ante la inutilidad de los esfuerzos. Nada ni nadie podía librarlos de morir a manos de aquellos horribles monstruos. Era el fin. Pero un fin como no podía soñarlo la imaginación más calenturienta.

El juez Dangler aferró a la muchacha, la hizo volverse.

Olympia estalló en gritos de terror al ver tan cerca aquellas cuencas vacías, aquellos jirones de carne podrida, aquellos gusanos que asomaban por los huecos, enfrascados en su labor destructora del cuerpo putrefacto.

Las huesudas y repelentes manos se crisparon en su garganta.

Cesaron los gritos. Fueron sustituidos por sordos gruñidos, al faltarle la respiración. Su rostro empezó a adquirir un tono violáceo…

Tony fue alcanzado por el cadáver de Job. Sus esfuerzos para librarse de aquellas manos, que eran como garras, oprimiendo su garganta, presionando sobre su tráquea, fueron inútiles.

La muerte estaba allí, les tomaba entre sus horrendas manos.

Zachary, tambaleándose como un beodo, llegó junto a Theda. La miró de un modo extraño. Como el perro sumiso y fiel, pero siempre castigado, que de pronto es dominado por el furor, por la rabia, y se vuelve contra su amo cruel y despiadado.

Su mano se cerró en la empuñadura del sable. Tiró de él, lo sacó de su cuerpo.

Se sacudió en un violento espasmo cuando el acero fue desenvainado de su carne. Brotó un chorro de sangre por la herida…

—Bruja maldita —masculló.

Las palabras brotaban secamente de sus labios, al mismo tiempo que brotaba la sangre de sus pulmones, atravesados por el sable.

—Sólo hay una forma de detener tu orgía de sangre —dijo—. Matándote. Al morir tú, esos cadáveres volverán a ser lo que nunca han debido dejar de ser: montones de carne y de huesos podridos.

Theda adivinó el pensamiento de jorobado, se dio cuenta de sus intenciones.

—No hagas eso, Zachary —profirió—. No puedes hacerlo. Te he cuidado, te he…

—Me has despreciado siempre. Olympia ha sentido compasión por mí. Tú, ni siquiera eso. Me has tratado como a un perro, me has insultado siempre, sólo porque mi cuerpo se deformó con esa enfermedad y no he sido un hombre apuesto. Tenías otros planes para mí y te fallaron al quedar yo contrahecho. Eres cruel, despiadada, nefasta. Tu error fue recogerme del arroyo. Porque voy a matarte, Theda, para salvar a esos dos seres inocentes, víctimas de tu locura. Eso es lo que eres, lo que has sido siempre: una loca resabiada, sin sentimientos, ni nada de humanidad.

Theda adelantó sus manos, aterrada por aquello que veía brillar en las pupilas del jorobado.

El sable se proyectó hacia delante, implacable.

Atravesó el cuerpo de Theda, que cayó al suelo.

Zachary se situó a su lado, miró la sangre que manchaba el pecho de la vieja, vio el miedo en sus facciones apergaminadas, también todo el odio que brillaba en su mirada.

—Mil veces maldito —masculló.

Zachary elevó el sable con las dos manos. De pronto lo proyectó hacia abajo, apuntando al corazón de Theda.

La hoja de acero cortó la carne, atravesó el corazón, salió por la espalda y se hundió más de un palmo en la tierra, que empezó a teñirse de rojo.

Theda exhaló un agudo grito y murió, desorbitados sus ojos, mostrando el mismo horror que sus cadáveres salidos de sus tumbas.

Los cuatro muertos dejaron de asediar a Olympia y a Tony, aflojaron la presión de sus manos. Al exhalar Theda su último aliento, los cuatro se desplomaron al unísono al desaparecer aquella fuerza misteriosa que los mantenía en pie.

El abrazo de los dos jóvenes fue prolongado y silencioso. Todo se lo dijeron sin hablar en este instante supremo de sus vidas.

Se inclinaron sobre Zachary al verlo agitarse levemente en el suelo. Había caído junto al cadáver de Theda nada más matar a la vieja bruja. Y estaba expirando; él también tenía marcado ya el final de su destino.

—Iros lejos de aquí —susurró—. Olvidarlo todo. El amor es más importante que el odio. Los seres humanos pueden crear el mal, pero no pueden controlarlo una vez que lo han desatado. Sus frutos son amargos, repugnantes. Sólo el amor da buenos frutos. Y vosotros tenéis el amor.

Olympia se inclinó sobre él, besó su frente, sudorosa.

El rostro del jorobado sufrió una extraña transformación. Sonrió y pareció desaparecer aquella fealdad que lo había caracterizado.

Olympia cerró sus ojos al percatarse de que había expirado con aquella sonrisa en sus labios.

—Vamos —dijo Tony—. Tomaremos caballos en Wat Rouge. Llegaremos a tiempo de tomar ese tren para Houston.

Olympia miró por última vez a Zachary antes de seguir a Tony, antes de alejarse de allí para siempre.

—Era bueno. Sabía amar. No estaba corrompido como Theda. Su

espíritu ha debido encontrar al fin esa paz que anhelaba en lo más profundo de su ser.

—Sí. Era bueno y sabía amar. Gracias a eso nos hemos salvado. Nunca olvidaremos a Zachary. Creo que se lo debemos todo.

Caminaron, muy unidos, alejándose de aquellas tierras que parecían malditas, hacia una nueva esperanza, presintiendo en sus entrañas la felicidad.

F I N